

DE LA VIOLENCIA EN GUATEMALA
AL EXILIO EN MÉXICO EN LA MEMORIA
DE UNA MUJER MILITANTE,
ACTIVISTA Y ACADÉMICA

Guadalupe Rodríguez de Ita

CONSIDERACIONES INICIALES

En medio de la llamada Guerra Fría, la sociedad guatemalteca vivió inmersa por más de tres décadas en un conflicto armado entre los defensores de los intereses de grupos socioeconómicos privilegiados y los que proponían una sociedad igualitaria e incluyente. En el contexto del mundo bipolar de la época, los primeros se autodefinieron como anticomunistas, tomaron el poder y se mantuvieron en él por diversas vías; establecieron un régimen autoritario, encabezado mayormente por militares, con el fin de mantener el *statu quo*. En tanto que los segundos, a los que sus contrarios calificaron de comunistas pese a la diversidad político-ideológica existente entre ellos, se opusieron, resistieron y combatieron el régimen impuesto; en esto el Partido



Guatemalteco del Trabajo (PGT), de filiación comunista, jugó un destacado papel, pero no fue la única organización sociopolítica que lo hizo. La confrontación bélica entre los grupos antagónicos generó una espiral de violencia donde el Estado sistematizó el terror y la violación de los derechos humanos para controlar y, sobre todo, eliminar a contrincantes o a quienes consideraba como tales. De esta manera, hombres y mujeres, desde dirigentes, militantes y simpatizantes de fuerzas y partidos de diversas corrientes de izquierda y centro, hasta miembros de la sociedad civil sin clara definición política, pasando por profesionistas, profesores y estudiantes universitarios, elementos de la Iglesia católica y defensores de derechos humanos, fueron objeto de persecución, prisión, tortura, desaparición forzada y asesinato por fuerzas policíacas, militares y paramilitares. El conflicto se desarrolló tanto en zonas rurales como urbanas y afectó prácticamente a toda la población; por lo que la comunidad de la Universidad de San Carlos (USAC) no quedó al margen de ello. En los años de confrontación, cientos de miles de personas desaparecieron o murieron y otros tantos se desplazaron hacia el interior o al exterior de su país para preservar su libertad y su vida. Una de las vías seguidas para salvaguardarse fue el exilio, y México fue uno de los destinos más recurridos, en gran medida por su cercanía geográfica y por su relativa estabilidad.

Hacia mediados de los ochenta, cuando la Guerra Fría languidecía, el país centroamericano empezó a buscar el retorno a la democracia y la paz. En ese ambiente, la recuperación de lo que se denominó memoria histórica surgió con fuerza como una preocupación política en medio del proceso de pacificación. Por tanto, en junio de 1994 se creó la Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH). Tres años después fue instalada de manera formal y en 1999 publicó, en doce tomos, su informe, intitulado *Guatemala: memoria del silencio*, sobre la base de diversas fuentes, en las que se destacaron los 7 338 testimonios recabados

para el efecto.¹ Por otro lado, en octubre de 1994 la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala (ODHAG) se propuso llevar a cabo el proyecto Recuperación de la Memoria Histórica (REMHI). La recopilación de la información se realizó sobre todo en comunidades rurales de difícil acceso. En 1998 dieron a conocer los resultados del proyecto, en cuatro tomos, bajo el título de *Guatemala: nunca más*.

También en esos últimos años del siglo xx y en los siguientes se publicaron memorias individuales autobiográficas de hombres y mujeres dirigentes, militantes, activistas y combatientes de las fuerzas de izquierda.² No está de más apuntar que, con bastante anticipación, el filósofo, escritor y dirigente guerrillero Mario Payeras había abierto brecha en este sentido con el texto *Días de la selva*, donde describe la experiencia vivida en la implantación del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) en el Quiché entre 1972 y 1976; texto con el que obtuvo el Premio Casa de las Américas 1980, en la categoría Testimonio. Además de las memorias escritas por los propios protagonistas, desde mediados de los ochenta salieron a la luz otras que fueron producto de entrevistas realizadas a diversos actores.³

Por otra parte, en el terreno académico, el conflicto armado y sus distintos aspectos han sido objeto de estudio desde diversos

¹ Comisión para el Esclarecimiento Histórico, *Guatemala: causas y orígenes del enfrentamiento armado interno*, Guatemala, F&G Editores, 2000, p. xi.

² Entre los que publicaron sus memorias individuales estuvieron: Marco Antonio Flores, Alfonso Bauer Paiz, Julio César Macías, Yolanda Colom, Aura Marina Arriola, Chiqui Ramírez, Plinio Eduardo Cortés, Santiago Santa Cruz Mendoza, Gustavo Porras, Pablo Monsanto, Héctor Nuila Ericastilla y Mirna Paiz Cárcamo. Las referencias bibliográficas están en el apartado correspondiente.

³ Entre los realizadores y compiladores de entrevistas estuvieron: Marta Hernecker, Elizabeth Burgos, Norma Stoltz Chinchilla, Rebeca Alonzo Martínez y Rosalinda Hernández Alarcón. Las referencias bibliográficas están en el apartado correspondiente.



ámbitos y en múltiples momentos, dando por resultado un amplio número de obras generales, monográficas, coyunturales, etc. Poco antes y, sobre todo, después de 1996 —año en el que se dio por concluida la confrontación, al menos de manera oficial, con la firma del Acuerdo de Paz Firme y Duradera— varias instituciones y editoriales, como la Asociación de Amigos del País, la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y el Fondo de Cultura Económica (FCE), se afanaron en la elaboración de libros de historia general y de historia de la segunda mitad del siglo XX en los que se pretendía abordar todos o, al menos, la mayor parte de los aspectos del acontecer guatemalteco. No obstante el notable esfuerzo puesto en esos libros, colectivos o individuales, algunos temas y problemas se abordaron medianamente o apenas fueron mencionados, con algunas salvedades.

Entre los aspectos analizados de manera un tanto limitada y poco documentada, pese a ser casi omnipresente en la mayoría de los textos, se tiene al PGT, con excepción del tomo II, “La dimensión revolucionaria”, de la obra editada por la FLACSO, cuyos autores analizan con detalle al Partido, su organización y sus reorganizaciones, su papel en la arena política y en la lucha armada a lo largo de la segunda mitad del siglo XX.

Otro asunto examinado en forma insuficiente en las referencias bibliográficas señaladas es el acontecer político interno de la USAC y su presencia e influencia en la sociedad, así como la persecución y la represión vivida por estudiantes, profesores, trabajadores y funcionarios universitarios, sobre todo entre finales de los setenta y principios de los ochenta. Uno de los escasos estudios monográficos es el de Paul Kobrak, en el que hasta cierto punto se incluyen a todos los sectores universitarios. En tanto que del movimiento estudiantil en su conjunto o destacando algunas personalidades sobresalientes hay unos cuantos análisis, como el de Virgilio Álvarez Aragón y el de Ricardo Sáenz de Tejada, respectivamente. También existe una investigación sobre

algunos funcionarios protagonistas, realizada por Pilar Crespo y Andrés Asier. De lo que se sabe poco o nada es de la forma en que la violencia estatal afectó a los docentes, en particular a los identificados con la izquierda radical o no.

Otra cuestión muy poco explorada es el fenómeno del exilio, con una que otra excepción, como el capítulo XXIV, incluido en el tomo V de la obra publicada por FLACSO: “La patria... en y desde el exilio en México”, que se centra en el periodo del conflicto armado guatemalteco y en uno de los países de acogida de migrantes políticos forzados: México. Además de este texto, hay unos cuantos más que tratan dicho fenómeno en periodos más amplios, como los de Ernesto Capuano, José Luis Balcárcel y Guadalupe Rodríguez de Ita.

Ante los relativos vacíos detectados en las obras referenciadas y para seguir con la recuperación de memorias de actores del acontecer guatemalteco de la segunda mitad del siglo XX, se estima pertinente realizar un nuevo acercamiento a dos fenómenos relacionados con el conflicto armado guatemalteco: la violencia y el exilio, y hacerlo a través del rescate de la experiencia vivida por una participante. El objetivo de este trabajo monográfico es entonces recobrar la memoria de una mujer, militante del PGT, activista, académica de la USAC, feminista precursora de la Unión Nacional de Mujeres Guatemaltecas (UNAMG), exiliada en México, y con ello contribuir, en la medida de lo posible, a ampliar el conocimiento sobre la violencia institucional ejercida por el régimen, en particular en la USAC, y acerca del exilio en tierras mexicanas, entre finales de los años setenta y principios de los ochenta.

Para cumplir el objetivo se recurrió a la metodología de la Historia Oral. Para elaborar la fuente oral correspondiente, se entrevistó a Olga (*Jimena*) Jiménez Muñoz.⁴ Dado que, de acuerdo

⁴ Entrevista con Jimena Jiménez Muñoz, realizada por Guadalupe Rodríguez de Ita en la ciudad de México los días 13 y 16 de agosto de 1999, Mé-

con lo indicado por el historiador francés Philippe Joutard, uno de los pioneros en la materia, no todo lo recuperado por la fuente oral es de igual valor ni de absoluta fidelidad, se realizó una investigación en otras fuentes disponibles para tener un panorama que contribuyera a estar atentos a los diversos riesgos que entraña el rescate de la memoria, como la selectividad y distorsión de los hechos, por ejemplo. Con estos elementos, siguiendo lo mencionado por Joutard, se recogieron las vivencias personales más relacionadas con la vida cotidiana de la entrevistada; pero también, y hasta cierto punto, en contradicción con lo dicho por el historiador francés, se reunió la memoria de algunos grandes acontecimientos de Guatemala. Con base en la fuente oral—creada con la entrevista—contrastándola y complementándola con fuentes escritas, se ha elaborado este texto que bien podría considerarse como una memoria autobiográfica. El contraste y complemento de fuentes ha contribuido a contextualizar, entender y explicar la experiencia vivida de manera individual por la entrevistada, con la colectiva y con momentos importantes de la historia guatemalteca, donde la violencia y el exilio afectaron de distinta manera tanto a un número significativo de hombres y mujeres dirigentes, militantes, activistas, docentes, etcétera, como a familiares y amigos, y a la sociedad en su conjunto.

El resultado del estudio se presenta dividido en dos partes. En la primera se lleva a cabo una revisión de los principales

xico, Archivo de la Palabra de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México (AP/FFYL-UNAM), PEL/1/G-8. La entrevista se realizó para un proyecto coordinado por la doctora Eugenia Meyer, profesora de tiempo completo de esa facultad; el proyecto contó con financiamiento del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, del Senado de la República y del Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIT IN 40,1998). Su resultado principal fue publicado en forma de libro de la autoría de la propia doctora Meyer y por Eva Salgado.

acontecimientos de violencia estatal en Guatemala durante el periodo del conflicto armado; de igual forma, se examina el devenir de la migración forzada por motivos políticos de guatemaltecos a México, en el mismo lapso. En la segunda parte se presentan fragmentos de la entrevista realizada a Olga Jiménez Muñoz, con mínima labor de edición para hacerlos más legibles, organizados por subtemas que se consideran sobresalientes para conseguir una aproximación mayor y más directa, en voz de la propia protagonista, de su experiencia de vida en general y en particular de la violencia y el exilio que quedaron en su memoria como mujer, militante, activista y académica.

PARTE I

Violencia en Guatemala

Como se apuntó al inicio del texto, en medio de la Guerra Fría, Guatemala vivió un conflicto armado por más de tres décadas.⁵ Un hecho importante que detonó la agitación política y el descontento social fue la ruptura por medio de la fuerza del proceso nacional-revolucionario, abierto en 1944, que había marcado un hito en la historia del país, pues había logrado importantes

⁵ Consúltese Jorge Luján Muñoz [dir. gral.], *Historia general de Guatemala*, t. VI, Guatemala, Asociación de Amigos del País y Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 1997, pp. 3-376; Jorge Luján Muñoz, *Breve historia contemporánea de Guatemala*, México, FCE, 1998, pp. 254-409; Carlos Sabino, *Guatemala, la historia silenciada (1944-1989)*, t. II, Guatemala, FCE, 2008, pp. 27-400; Virgilio Álvarez Aragón *et al.* [eds.], *Guatemala: historia reciente (1954-1996)*, ts. I y II, Guatemala, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 2012-2013, pp. 27-413 y pp. 27-369; Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, *Guatemala: nunca más (versión resumida). Informe del Proyecto Interdiocesano Recuperación de la Memoria Histórica*, s.l., Gráficas Lizarrá, 1998, pp. 249-342; Comisión para el Esclarecimiento Histórico, *op. cit.*, pp. 1-178.

cambios en favor de la mayoría de la población. La ruptura fue ejecutada por grupos armados contrarrevolucionarios locales, apoyados por los Estados Unidos, bajo la bandera anticomunista, en junio de 1954. Unos años después, el descontento se desbordó cuando el presidente en turno permitió el entrenamiento de combatientes contrarrevolucionarios cubanos en territorio guatemalteco. Como respuesta, parte de la oficialidad joven del ejército protagonizó un levantamiento armado el 13 de noviembre de 1960, que fue sofocado de inmediato, no así el malestar social. A partir de allí se abrió un largo y conflictivo camino que, con dificultades, se empezó a cerrar después de la firma del Acuerdo de Paz de 1996.

En ese largo camino, el conflicto armado entre las llamadas fuerzas del orden institucional y las grupos guerrilleros e insurgentes trajo consigo el funcionamiento de un Estado anticomunista y contrainsurgente generador de una violencia sin precedentes en el país,⁶ en la que participaron policía y ejército, lo mismo que paramilitares,⁷ dejando una estela de cientos

⁶ Véase Comisión para el Esclarecimiento Histórico, *Guatemala: memoria del silencio*, Guatemala, Naciones Unidas, Oficina de Proyectos, American Association for the Advancement of Science, 1999, 12 ts.; Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, Proyecto Interdiocesano de Recuperación de la Memoria Histórica, *Guatemala: nunca más*, Guatemala, Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, 1998, 4 ts. Para detalles cuantitativos, véase también Patrick Ball, Paul Kobrak y Hebert F. Spirer, *Violencia institucional en Guatemala: 1960-1996: una reflexión cuantitativa*, Washington, D. C., American Association for the Advancement of Science, 2005, pp. 3-80. Para un análisis cualitativo, véase Carlos Figueroa Ibarra, "Genocidio y terrorismo de Estado en Guatemala (1954-1996): una interpretación", en Álvarez, *op. cit.*, t. 1, pp. 169-198.

⁷ Entre los grupos paramilitares, más conocidos como escuadrones de la muerte, creados *ex professo* desde mediados de los años sesenta, estuvieron: el Ejército Secreto Anticomunista (ESA), la Nueva Organización Anticomunista (NOA), el Consejo Anticomunista de Guatemala (CADEG), el Comité de Repre-

de miles de personas desaparecidas y asesinadas, así como poco más de un millón de desplazados.⁸ Durante esos más de treinta años los mandatarios militares —y eventualmente civiles—, sin importar la forma en que ascendieron al poder —por elecciones fraudulentas o no, o por golpe de Estado—,⁹ trataron de controlar a sus oponentes aplicando la violencia estatal de una manera hasta cierto punto similar, pero con diferencias en cuanto a las ejecuciones extrajudiciales.¹⁰

sión Antiguerrillera (CRAG), el Movimiento de Acción Nacionalista Organizado (MANO), Mano Blanca, etc. A principios de los ochenta se formaron las denominadas Patrullas de Autodefensa Civil (PAC). El radio de acción de los primeros fue sobre todo urbano, en tanto que el de las últimas citadas fue rural.

⁸ Ball, Kobrak y Spierer, *op. cit.*, p. 3.

⁹ Los mandatarios fueron: general Miguel Ydígoras Fuentes (1958-1963), coronel Enrique Peralta Azurdía (1963-1966), Julio César Méndez Montenegro (1966-1970), coronel Carlos Manuel Arana Osorio (1970-1974), general Kjell Eugenio Laugerud García (1974-1978), general Fernando Romeo Lucas García (1978-1982), general Efraín Ríos Montt (1982-1983), general Óscar Humberto Mejía Víctores (1983-1986), Marco Vinicio Cerezo Arévalo (1986-1990), Jorge a. Serrano (1990-1993) y Ramiro de León Carpio (1993-1996).

¹⁰ Entre 1962 y 1968 los primeros grupos guerrilleros, Movimiento 13 de noviembre (MR-13N) y Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR), operaron en la montaña y la ciudad. Mientras los enfrentamientos armados como tal se daban en el oriente del país, en la capital el Estado empezó con ejecuciones extrajudiciales, primero selectivas contra dirigentes y militantes y, luego masivas, con la detención-desaparición de 28 personalidades de izquierda en 1966. Gran parte de la década de los setenta, ante el resurgimiento de la insurgencia con las denominadas segundas FAR, el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) y la Organización del Pueblo en Armas (ORPA), la represión estatal se concentró en la ciudad y en general volvió a ser selectiva, al tiempo que se incluyó a los primeros grupos de defensores de derechos humanos, como el Comité de Familiares de Desaparecidos (1970) y la Comisión Nacional de Derechos Humanos (1970), así como a opositores de centro e izquierda. Entre 1978 y 1983, dada la combatividad de la insurgencia, el Estado instituyó la represión, la violencia y el terror indiscriminados en zonas rurales; los asesinatos masivos iniciaron en 1978 con la masacre de Panzós; meses después se instrumentó la táctica con-



En general, la violencia institucional fue más visible en zonas urbanas y, de cierta forma, más constante, dejó un promedio anual de alrededor de 100 víctimas, y tuvo su punto más alto en 1980, cuando alcanzó el rango de 600;¹¹ en tanto que en el campo la represión no se visibilizó tanto y fue un poco más variable, salvo entre 1980 y 1984 que fue continua e intensa, llegó a su pico más pronunciado en 1982 con 18 000 víctimas.¹² Los principales blancos urbanos del terror estatal fueron individuos dirigentes, militantes y combatientes de izquierda, líderes políticos y sindicalistas, estudiantes y profesores de la USAC, la persecución, la detención, la tortura, la desaparición forzada y el asesinato fueron más bien selectivos, y en algunos momentos indiscriminados; los principales perpetradores fueron policías y paramilitares. En tanto que los objetivos rurales fueron colectivos, esto es, cooperativas y comunidades, y el terror fue indis-

cida como tierra arrasada con ataques sistemáticos y masivos contra población civil no combatiente que incluía la quema de aldeas completas a manos del ejército, pero sobre todo de las PAC, cuya existencia fue formalizada en 1983; entre tanto, en la ciudad la violencia institucional se recrudeció y afectó a líderes del movimiento popular, sindicalistas, estudiantes y profesores de la USAC, intelectuales, etc.; uno de sus puntos más altos fue la masacre en la embajada de España efectuada en 1980. A mediados de los años ochenta, por diversos factores internos y externos, Guatemala comenzó un proceso de búsqueda de democracia y pacificación; el gobierno volvió a manos civiles y se iniciaron las negociaciones de paz; pese a ello, continuó la violencia estatal rural y urbana. Finalmente en 1996 se firmaron los Acuerdos de Paz entre el gobierno y la insurgencia, con lo que se cerró de manera oficial el conflicto armado. Sin embargo, la violencia continuó todavía un tiempo más y fue tomando otros caminos que rebasan el objeto de este trabajo.

¹¹ “Figura 8.2. Total anual de asesinatos y desapariciones en el área urbana, de 1959 a 1995”, en Ball, Kobrak y Spierer, *op. cit.*, p. 55.

¹² “Figura 8.1. Tasa anual de asesinatos y desapariciones en el área rural, de 1959 a 1995”, en *ibid.*, p. 54.

criminado por completo; los ejecutores fueron el ejército y las Patrullas de Autodefensa Civil.

En ese contexto, el comunista PGT, desde la clandestinidad, jugó un papel de primer orden tanto en el terreno político como en el de la lucha armada,¹³ lo que el Estado anticomunista y contrainsurgente le cobró con persecución, encarcelamiento, tortura, desaparición forzada y muerte de dirigentes y militantes.¹⁴

Por su parte, elementos de centro y de izquierda —donde, desde luego, había militantes del PGT— de la comunidad de la USAC, en particular el estudiantado, participaron de manera organizada en varios hitos del conflicto armado,¹⁵ lo que tuvo

¹³ El PC fue fundado en 1949 y legalizado en 1952 como PGT, pese a haber sido ilegalizado en 1954 y perseguido por el régimen a partir de ese año, desde la clandestinidad participó de manera muy activa en el conflicto armado. Entre los principales acontecimientos protagonizados por miembros del Partido estuvieron: la formación del grupo armado Frente 20 de Octubre, que tuvo una única batalla en Concuá en 1962; la organización de las FAR que tuvieron una primera ola de actividad guerrillera entre 1962 y 1968; la separación de las FAR y de la Juventud Patriótica del Trabajo (JPT), ala juvenil del PGT, en el último año citado; la colaboración en la fundación del EGP en 1972; y la participación, junto con el EGP, las segundas FAR y la ORPA, en la constitución de la Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) en 1982, organización que negoció y firmó los Acuerdos de Paz con el gobierno en 1996.

¹⁴ En este sentido se destacaron hechos como los siguientes: desaparición forzada de sus líderes Víctor Manuel Gutiérrez y Leonardo Castillo Flores, junto con casi una treintena de dirigentes sindicales y de otros partidos de izquierda en 1966; captura y ejecución del secretario general Bernardo Alvarado Monzón y de otros altos dirigentes, como Mario Silva Jonama, Carlos René Valle y Valle, Carlos Alvarado Jerez, Hugo Barrios Klee y Miguel Ángel Hernández en 1972; tortura y asesinato de su secretario general, Huberto Alvarado Arellano, en 1974.

¹⁵ Para 1960, al inicio del movimiento guerrillero, existían varias agrupaciones estudiantiles de las que los universitarios eran parte, entre ellas se destacó, por su combatividad, el Frente Unido de Estudiantes Guatemaltecos (FUEGO) que en general era afín a la guerrilla. El FUEGO, junto con otras organi-



un alto costo para los universitarios de esas corrientes político-ideológicas, ya que el Estado —a través de escuadrones de la muerte— amenazó, persiguió, secuestró, torturó, desapareció y mató a varios cientos de universitarios.¹⁶ De allí que muchos estudiantes, docentes y funcionarios optaron por el exilio.

zaciones de ese y otros sectores sociales, participó en las importantes jornadas patrióticas de marzo y abril de 1962, que enfrentaron al régimen y exigieron la renuncia del gobernante. En los setenta, en medio de un nuevo impulso de la insurgencia y de la labor política realizada por el PGT y la JPT en el interior de la USAC, las agrupaciones estudiantiles de izquierda de la Universidad alcanzaron un alto nivel organizativo y participativo en la lucha popular defendiendo los derechos de la población menos favorecida. En ello se distinguieron dos agrupaciones: el Frente de Agrupaciones Estudiantiles Democráticas (Frente) formado en 1976, al que se le ligaba con el PGT, y el Frente Estudiantil Revolucionario Robin García (FERG) creado en 1978, al que se le relacionaba con EGP. Entre los acontecimientos más importantes en los que estuvieron implicados algunos estudiantes, en particular del FERG, sobresalieron las jornadas de protesta en rechazo al incremento del precio del transporte urbano en 1978 y la toma de la embajada de España en 1980. Por su parte, el cuerpo docente y el movimiento sindicalizado de la USAC de la misma corriente de pensamiento se destacaron por su activismo. En esa década la izquierda ganó la representatividad en la Asociación de Estudiantes Universitarios (AEU), en la rectoría y en el sindicato. Durante los ochenta, pese a la desarticulación de su dirigencia, el movimiento estudiantil siguió presente en las movilizaciones populares.

¹⁶ Por ejemplo, en 1962 varios estudiantes fueron capturados y torturados, algunos aparecieron muertos en diferentes lugares del país, otros “sólo desaparecieron”. Cuatro años después, estudiantes de Derecho, que exigían al Estado presentar a la casi treintena de líderes sindicales y partidistas de izquierda de los que no se sabía su paradero, también fueron desaparecidos. En 1971 las llamadas fuerzas del orden que perseguían a defensores de Derechos Humanos ocuparon la USAC. Seis años más tarde el estudiante Robin García fue asesinado. En 1978 el gobierno en turno señaló a dirigentes estudiantiles y docentes de la USAC como los posibles líderes políticos del movimiento social en su contra y decidió desarticularlo aplicando el terror estatal contra los universitarios. Ese año el Ejército Secreto Anticomunista (ESA), uno de los escuadrones de la muerte, dio a conocer una relación de 38 personas “indeseables” a las que

Exilio en México

El conflicto armado y en particular la violencia estatal obligaron a decenas de miles de personas a huir de su país al sentir o saber que su libertad y su vida corrían peligro. Unos lo hicieron individualmente o en familia, como exiliados con o sin documentación, en forma abierta o clandestina, o como asilados con protección jurídica a través de las figuras del asilo diplomático y del territorial; otros salieron masivamente y buscaron ser considerados refugiados. Dada la cercanía geográfica, México se convirtió en uno de los mayores receptores de migrantes forzados guatemaltecos. Salvo excepciones, estos migrantes abandonaron Guatemala de manera diversa y dispersa, lo que dificulta establecer con precisión cuándo y cuántos viajaron y se establecieron de forma temporal o definitiva en territorio mexicano. Sin embargo, a través de fuentes diversas es posible aproximarse al conocimiento de ellos.

amenazó de muerte, entre los que estaban varios universitarios como el propio rector y el secretario general de la AEU. A este último le cumplieron la amenaza: el día 20 de octubre, a plena luz del día y en céntrica calle de la capital fue asesinado Oliverio Castañeda de León; y dos semanas después fue desaparecido su sucesor, Antonio Ciani García. Así la AEU se convirtió en el primer blanco de la campaña del terrorismo de Estado. En los siguientes 18 meses recibieron amenazas casi todos los dirigentes estudiantiles y profesores universitarios con vinculaciones políticas con el PGT, pero también con partidos considerados legales. Tales amenazas se realizaron de diversas formas, desde las más sutiles hasta las más burdas. En 1979 continuaron los asesinatos de universitarios prestigiosos de diversas corrientes de centro e izquierda. Al año siguiente la Universidad sufrió una masacre en su campus. El terror estatal continuó varios meses más y logró su propósito de desarticular casi por completo el movimiento universitario. En la década de los ochenta, pese a la represión, una nueva generación de líderes universitarios siguió luchando y también fue reprimida. En 1985 las fuerzas del orden tomaron las instalaciones centrales de la USAC. Cuatro años después hubo una nueva ola represiva en la que por lo menos una decena de universitarios, estudiantes y catedráticos fueron desaparecidos.



La migración forzada tuvo varios momentos que, hasta cierto punto, convergen con los periodos de mayor violencia institucional y, *grosso modo*, aquélla fue directamente proporcional al grado de ésta, es decir, a más violencia, más migrantes. En este contexto, se distinguieron dos momentos de un flujo más alto: 1954, poco antes del inicio del conflicto armado como tal, y 1980, uno de los años intermedios del conflicto.¹⁷

Entre los migrantes forzados hubo personas de todas las edades; se tienen más datos precisos de jóvenes y adultos que de niños y ancianos. En cuanto al género ocurrió algo similar, esto es, hubo tanto hombres como mujeres, pero hay más registros sobre los primeros que sobre las segundas. En relación con la ocupación, hubo un abanico más o menos amplio, pero sobresalieron estudiantes y profesores de la USAC, así como profesionistas; en lo que toca a la participación y al activismo político, se hallaban

¹⁷ En diversos momentos de los años sesenta, sobre todo entre 1963-1966, varias decenas de simpatizantes, militantes y dirigentes guerrilleros, políticos de centro izquierda y estudiantes se exiliaron en México, algunos lograron la protección del asilo diplomático y la mayoría lo hizo por su cuenta, casi todos de manera más o menos abierta. En gran parte de la siguiente década decreció el número de exiliados en términos absolutos y relativos, pues una parte considerable de ellos migró y se estableció en territorio mexicano en forma clandestina, con la finalidad de formar dos organizaciones insurgentes (PGT y ORPA); en tanto que los pocos que presentaron solicitudes de protección en la embajada mexicana en Guatemala les fueron denegadas. Entre finales de los setenta y principios de los ochenta, en particular a mediados de 1980, hubo un significativo repunte de exiliados que llegaron a México con o sin documentos, de manera abierta o clandestina; destacan los casos de varios profesores de la USAC, así como algunos estudiantes y funcionarios de ésta; casi ninguno arribó bajo la protección de la figura jurídica de asilo debido a la poca receptividad de los diplomáticos mexicanos y a la mucha vigilancia de la embajada por parte del gobierno del país centroamericano. Por su parte, decenas de miles de campesinos pobres, indígenas casi en su totalidad, cruzaron hacia suelo mexicano y se establecieron en la zona fronteriza y, luego de muchas vicisitudes, fueron reconocidos como refugiados.

personas sin partido, pero también cuadros y líderes de centro y de izquierda, incluido el PGT; de igual modo llegaron simpatizantes y militantes e, incluso, dirigentes guerrilleros.

PARTE II

Mujer, militante, activista y académica

Para realizar una nueva aproximación a la violencia en Guatemala y el exilio en México, a través de la memoria de una mujer, militante, activista y académica, la entrevistada empezó por presentarse a sí misma en los siguientes términos:

Bueno, mi nombre es en realidad Olga Jiménez Muñoz, nací en Quezaltenango el 22 de abril de 1939 [...] Quiero decir el nombre de mis padres, porque creo que es muy importante, en algunos aspectos: mi mamá se llama Adela Muñoz y mi papá se llamaba Óscar Jiménez de León; lo digo porque precisamente la salida de nosotros de Quezaltenango tiene mucho que ver con la participación de mi padre en la política nacional.

A continuación destacó la participación política de su padre durante el proceso nacional-revolucionario, que hizo que ella y su familia se trasladaran a la capital guatemalteca:

Exacto, entonces él tomó parte en la revolución del 44 y fue llamado para trabajar en el Ministerio de Educación Pública, como viceministro, en el 45. Antes de eso él también fue constituyente, hizo la Constitución de 1945. Y luego él se fue, nos fuimos todos a Guatemala por esa razón, porque él tenía que participar en la política nacional y servir a nuestro país.

Según relató, su educación básica y media la realizó en la ciudad de Guatemala:



De ahí, bueno, nosotros estudiamos en Guatemala la primaria, la secundaria [...] Nosotros, bueno, en la primaria yo estudié en un colegio particular. Pero ya cuando terminé la primaria yo le dije a mi padre: “mire, yo quiero estudiar en un instituto público, porque nosotros, eso, necesitamos tener relación con la gente y quiero estudiar en un instituto mixto” [...] Bueno, mi papá aceptó eso de que yo estudiara en el instituto mixto.

En medio del recuento de la forma en que efectuó sus estudios, en una especie de paréntesis, expresó su valoración sobre el contexto en el que se desarrolló esa parte de su vida y dijo:

Y creo que es muy importante decir que todos los que crecimos durante la época de la revolución del 44 estamos signados, podría yo decir, por el hecho de haber vivido algo que quizás nos puede llenar de mucha emoción, de mucho orgullo, de mucha satisfacción, porque esos diez años de revolución en Guatemala nos hicieron vivir cosas que nos hicieron entender lo que significa la democracia, lo que significa la libertad, lo que significa la conquista de derechos para los pueblos.

Relacionado con su educación y con el surgimiento de su interés por participar activamente en la vida política de su país, se refirió a los primeros pasos de su activismo así:

Yo fui al instituto mixto. Ahí me relacioné con otros jóvenes, aparecían en ese momento algunos grupos juveniles como grupos organizados, digamos, que querían cambiar el mundo. Entonces, yo empecé a relacionarme con ellos, porque yo sentía que ese era mi deseo: cambiar un poco lo que estaba sucediendo en Guatemala para mejorarlo, o sea, nosotros queríamos mantener la revolución, pero queríamos que esto cambiara, mejorara.

Al hacer memoria sobre su formación académica y su activismo, se detuvo para apuntar dos hechos importantes para ella,

la ruptura del proceso revolucionario y el exilio de su papá en México, acerca de lo que mencionó:

Entonces, bueno, llegó la contrarrevolución en el 54. Mi papá tuvo que salir exiliado aquí a México; pasó dos años aquí viviendo. Ese tiempo para nosotros fue muy difícil, porque sacaron los famosos libros del “comunismo internacional”, mi papá salió con su nombre, como que él era comunista. Mi papá jamás fue comunista, yo creo que si alguna vez leyó algo del comunismo, pues quién sabe, ¿no?, pero de todas maneras era un hombre, un político de izquierda, ¿verdad? Entonces era suficiente ser de izquierda para decir que era comunista.

Mientras su papá se hallaba en el exilio, realizó sus estudios medios superiores, solventando dificultades de diverso tipo, sobre todo económicas; lo que rememoró largamente y remató de la siguiente manera: “me recibí de maestra de educación primaria. Estudié para maestra de educación primaria, pero también el bachillerato. No recibí mi diploma, pero sí cursé todo.

Por la época en la que terminó esa parte de su formación académica, su papá regresó del exilio; pese a ello las dificultades económicas de su familia continuaron, lo que recordó así:

Y, bueno, terminé mi carrera. Para esto cuando yo terminé mi carrera mi papá acababa de volver, de regresar de México.

[...] Y, entonces, bueno, mi papá estaba en una lista de maestros a los que el Estado jamás les volvería a dar clases para que pudiera trabajar, porque era comunista, iba a enseñar mal a los alumnos. Mi papá trabajó mucho tiempo en unas escuelas privadas. Bueno —como le decía—, mi papá trabajaba en unos colegios particulares en los que les pagaban casi nada, ¿verdad?, pero que era necesario trabajar.

[...] Entonces, no he hablado casi nada de mi madre, pero creo que atrás de todo esto también, pues, está ella. Yo siento que es una mujer también bastante fuera de serie. Se casó con mi papá, era



una gente de familia con tierras, con todo, y mi papá era una persona muy pobre, maestro de educación primaria, entonces cuando él la fue a pedir le dijeron que no, porque él era muy pobre y no podía mantenerla, pero ella de todas maneras se casó con él [...].

Y luego cuando mi papá regresó, ella se puso a trabajar, entonces ella trabajaba de día como contadora y en la noche como maestra de cocina.

El siguiente paso de importancia para ella fue poder llevar a cabo estudios universitarios. Para hacerlo, dada la difícil situación económica familiar, tuvo que empezar a trabajar a fin de pagar sus gastos. Al respecto evocó:

Pues en el año 56 me gradué, entonces decidí estudiar ingeniería y me metí. Mi papá todavía me ayudó para inscribirme la primera vez a la universidad, que no era una gran cantidad de dinero que se necesitaba, pero también se necesitaban libros que son carísimos. Entonces, pues, a ponerse a trabajar; entonces, yo daba unas clasecitas por ahí para poder tener para eso, atendía mi casa y además estudiaba, bueno era una cosa muy interesante [...].

Al mismo tiempo que ingresó a la Universidad, avanzó de manera formal en su militancia política, en las filas comunistas. Sobre ello narró:

Y empezamos también a meternos un poco a la política. Entonces yo pertencí a un grupo de jóvenes comunistas, a la Juventud Patriótica del Trabajo y empezamos a trabajar con ellos, precisamente en ese momento con la rebeldía de lo que había pasado. [...] Pero me pasó algo muy interesante porque, por un lado, estos muchachos me hablaron y yo empecé a aceptarlos y, por otro lado, el Partido Comunista que es el Partido Guatemalteco del Trabajo también nos habló. Entonces nosotros como que de repente nos dimos cuenta que teníamos una doble militancia y no sabíamos qué hacer, pero por la edad dijeron: “no, ustedes son jóvenes, váyanse

con la juventud”. Entonces, pues, empezamos a tener actividades de muy distinto tipo, reuniones: lo que son los círculos, actividades amplias con los dos frentes y recuerdo que empezamos a armar un grupo en la Facultad de Ingeniería de jóvenes comunistas; muchos de estos compañeros están muertos, desafortunadamente, y otros, pues, aún quedan vivos; algunos se recibieron de ingenieros y, bueno, se desligaron digamos de la actividad política muchos de ellos y sólo algunos nos quedamos por ahí todavía.

Mientras estudiaba, trabajaba y militaba, comenzó también a entrenarse para participar en un eventual levantamiento armado antigubernamental. Al poco tiempo del entrenamiento la invitaron a irse a la montaña para iniciar la lucha guerrillera, pero declinó, pues consideró que no estaba bien preparada para ello, sobre el particular detalló:

Nos empezaron a hablar ya de levantamientos armados; nos empezaron a hablar de la guerrilla; porque, pues, ya ni modo, era el tiempo, después de la revolución, que había que empezar a aprender toda la cosa de arme y desarme y que esto y que el otro. Y nosotros, yo acepté, les dije: “sí, yo le entro”. Entonces cuando empezamos a hacer este tipo de trabajo, de repente un día en la mañana, como a las cuatro de la mañana, tocan la casa [...].

Entonces, bueno, empezamos y de repente ese día tocan la puerta y dicen mis compañeros de grupo, me dicen: “bueno, ahorita nos vamos a la montaña, así es que ¿te vas o te quedas?”, yo les dije: “pero ¿cómo?, si sólo habíamos hecho unas cuantas excursiones a los volcanes, habíamos estudiado esto y el otro, pero no era suficiente, ¿no?, por lo menos para mi forma de ver las cosas. “Pues, sí, pero ¿te vas o te quedas?”, “¡pues me quedo!” , “¡ay!, ¿verdad?, que eres una no sé cuánto, que no sé qué...”, “pues, sí les dije, si ustedes quieren díganme miedosa o díganme lo que ustedes quieran, pero yo no creo que estemos preparados para eso, o sea, esto, esto es una locura”.

“No, pero es que nos vamos”, “lo lamento, discúlpenme, me voy a sentir mal posiblemente toda mi vida por haber dicho que no



voy, pero, pero no, no lo acepto”, ¿no? Sí, sí se fueron y, por supuesto, era la guerrilla de Concuá, en donde la mayoría de la gente murió. Entonces, pues, me quedé y seguimos trabajando, haciendo cosas de distinto tipo, pero mucho, mucho de nuestro trabajo también era muy cultural [...] No es que yo no estuviera de acuerdo con la lucha armada, yo sí estaba de acuerdo, pero sentía que era, que debería ser de una manera más organizada, o sea, no por la libre, ¿verdad?, sino que con un poco más de sentido de una organización real y seria, porque para mí la lucha armada no es una locura, pues, o sea, no es una aventura tampoco.

Según recordó, después del descalabro de ese primer intento armado, el Partido le informó de la posibilidad de realizar la carrera de ingeniería eléctrica, que a ella le interesaba, en la Unión Soviética, contando con una beca. Acerca de lo que relató:

entonces una vez llegaron a la casa los compañeros del Partido y me dijeron: “fíjate que hay la posibilidad de unas becas para que se vayan a estudiar fuera, ¿tú quisieras aplicar?” Bueno, ellos sabían que yo estudiaba y que había sido buena estudiante etcétera, ¿no? Entonces les dije: “pues, yo sí acepto”. Entonces metí mis papeles y era irse a la Unión Soviética y era ir a estudiar ingeniería eléctrica que era lo que yo soñaba, porque en Guatemala no había ingeniería eléctrica, sólo ingeniería en general, ¿no?

En tanto esperaba el resultado de su solicitud de beca se abrió otra posibilidad, también a través del Partido: ir a estudiar a una escuela de cuadros políticos de la juventud comunista en La Habana. La aceptó y se fue. Estando en la isla caribeña fue informada de que su solicitud de beca había sido aceptada. Todo esto lo hizo de manera clandestina. Con relación a ello, apuntó:

Entonces, de repente, se aparecieron diciéndome que había una posibilidad de que yo me trasladara a La Habana a estudiar a una escuela de cuadros políticos y me fui a una escuela de cuadros de

la juventud comunista. Fue una experiencia preciosa de tres meses muy lindos en la escuela y bueno con muchas ilusiones y haciendo todos los trabajos que hubiera y etcétera [...].

Al concluir sus estudios en la entonces tierra de los soviets se le dificultó el regreso a Guatemala, pues la situación del país era compleja, dado el ambiente represivo instaurado por el gobierno para controlar el movimiento guerrillero de los años sesenta. Ante ello, decidió viajar a México, donde tenía contactos y amistades, lo que le permitió quedarse una temporada y estudiar una carrera técnica. Esta experiencia la revivió con las siguientes palabras:

Exacto, entonces, yo pienso que ese regreso para mí también fue muy difícil, porque bueno, 68, la situación en Guatemala era muy peligrosa, mi regreso podía significar mucho para mi familia, a mí me daba mucha preocupación. Y en esos años fue que mi hermana se enroló, digamos, en esta lucha, ella sí decidió dedicarse solamente a eso, también sufrió muchos desgarramientos, muchos problemas. Pero mi mamá fue la que más sufrió en el sentido de que mi mamá se volvió conspiradora, ¿no?

Pues, entonces, todo eso y además yo sí quería realmente dar algo de lo que había aprendido, yo decía: “el pueblo soviético no me dio una educación para mí, sino que es para ayudar a que nuestro pueblo cambie ¿no?” Entonces decidí venir a México y estar aquí un tiempo, ver cómo aquí pasaba algo, hacía alguna cosa que me pudiera ayudar un poco más para, como quien dice, hacer una cortinita para el regreso, ¿no? Entonces, así lo hice, en el 68 vine, me quedé acá un año y medio estudié una carrera de esas técnicas, técnico en radio y televisión y no sé qué, pero siempre con la idea de regresar y, pues, al fin regresé. Mi papá me vino a ver acá, después mi mamá.

Pese a dificultades y temores, en 1970 regresó a su país, donde al principio no le fue fácil conseguir empleo, debido a que sus



estudios los había llevado a cabo en la Unión Soviética. Al final de cuentas consiguió trabajo en la USAC impartiendo clases, en diversas Facultades. Acerca de lo que puntualizó:

Ya en el año 70 decidí regresar, muriéndome del miedo pero me regresé. Entonces ya me fui, estuve en Guatemala y yo seguía por supuesto militando, seguía militando. Me costó muchísimo conseguir trabajo en Guatemala —imagínese usted. Bueno, primero tuve que incorporarme, hacer exámenes, hacer esto, el otro.

Ajá, entonces, pues no, en ningún lado conseguía trabajo hasta que en la Universidad llegué, había un maestro así que era gente de súper derecha y me dijo: “¿Así que usted estudió en la Unión Soviética?!” era el director de la escuela, porque entonces ya había ingeniería mecánica eléctrica. Entonces, pues, “sí —le dije— y vengo a ponerme a sus órdenes por si hay alguna cátedra o alguna cosa”, “para usted nunca va haber trabajo aquí —me dice— no se preocupe”.

En serio, entonces, bueno, yo le dije: “está bien, muchas gracias”. Pero, casi, al poco tiempo lo quitaron a él llegó un amigo muy querido que yo quiero muchísimo y me dijo: “véngase, yo tengo una clase para usted” y así empecé. A mí me encanta dar clases, eso sí tengo que decirle, aparte de la política, me encanta dar clases. Entonces fui tomando así una clase, después otra clase, después me llamaron de la Escuela de Economía para dar clases de matemáticas aplicadas a la economía y fui así, digamos, creando ya toda una serie de cosas para poder trabajar en la Facultad de Economía di muchas clases y muchísimo tiempo. Bueno del año 71 al 80, digamos, fue la época en que yo trabajé en la Universidad, allá di clases en la Facultad de Economía, di clases en la Facultad de Ciencias Políticas, también creo que ese es otro de mis grandes pecados, también de Estadística, di ahí en la Facultad de Derecho, di Estadística, y en la Facultad de Ingeniería, pues, las clases de mi especialización, porque nunca di los primeros años sino ya unos años superiores. Tuve la suerte de meterme a unos concursos de oposición, ya primero fui maestra de tiempo completo con oposición y luego me metí para ser responsable del área de potencia que también gané por la oposición.

Después, digamos, dentro de la Universidad, pues, yo ya tenía establecida toda una serie de elementos y en el año 71, sí 71, esta amiga con la que yo me había ido a Moscú me dijo: “mira y por qué no empezamos hacer unas reuniones pequeñas así con los compañeros que han regresado”. Las empezamos, pero eran puras reuniones sociales de comer y platicar y etcétera y para no olvidar el idioma también, ¿verdad?, y sí, pues, hacíamos esas reuniones.

En cuanto regresó a Guatemala, retomó su militancia en el PGT. Al evocarlo dijo:

bueno, entonces cuando regresé, eh, otra vez el PGT empezó a interesarse por mí. Entonces me dijeron: “bueno, pues, ¿tú tienes ganas de seguir trabajando con nosotros?”, “sí, les dije, yo voy a seguir trabajando, pero siempre voy hacer crítica de todo, ¿no?” Y entonces empecé de nuevo con la militancia, entonces tenía ya mis clases, la militancia.

En ese contexto la volvieron a convocar para que se integrara a la lucha armada y estuvo a punto de aceptar, pero por ciertas actitudes de uno de los dirigentes decidió no hacerlo. Esto lo rememoró del modo siguiente:

Entonces empezaron otras organizaciones a hablarme: “¡qué mira, que por qué no te vas con nosotros..., y que no sé cuánto...”, y casi, casi ya me iba ir a la guerrilla con una organización, pero pasó algo que no me gustó de uno de los dirigentes de esta organización. Entonces yo dije: “no con gente como ellos yo no, de plano que no. Y después les dije —bueno, y eso que hasta mi ropa, todo, había mandado—: “fíjense que no, no me voy a ir”.

Al poco tiempo de su regreso, empezó a ser acosada por parte del Estado. La primera vez que esto sucedió fue en la casa familiar, a donde fueron a buscarla fuerzas del orden, pero de manera fortuita se salvó de ser detenida. Para no poner en peligro a sus



seres queridos se fue a vivir con una amiga que conocía de cuando estudió en la Unión Soviética y por varios meses pasó a la mayor clandestinidad que le fue posible. El primer acoso estatal lo recordó como sigue:

el día en que tomó posesión Aranda, en la noche se hizo una redada en Guatemala, pusieron estado de sitio y se llevaron a montones de gente. Entonces esa noche yo estaba en mi casa con mi mamá y mi papá y la sobrinita [...]. Y entonces esa noche, como a las tres o cuatro de la mañana, llegaron a tocar a la casa, yo dormía con la niña en la misma habitación [...], era la policía, la policía militar en un jeep. Y entonces yo ni cuenta me di por quién preguntaron, sólo me di cuenta de que mi mamá salió y les dijo: “pasen adelante” y entonces entraron a toda la casa, había una perra de esas perras pero furibundas, ¿verdad?, y entonces yo tuve que ir a aplacar y la agarré de la cadena para que no se les tirara a los policías. Entraron los policías, revisaron todo, hasta el servicio sanitario de la sirvienta y todo, ¿no?, todo, todo. Y entraron al cuarto en donde estaba la niña, entonces les dije: “¡ay! Miren, disculpen, pero por favor no enciendan la luz la niña está durmiendo”. Entonces como eran todavía más accesible en ese tiempo, encendieron las lámparas esas de mano y bajo las camas y todo. Bueno, y se fueron, pero yo no oí nada de lo que habló mi mamá con ellos y cuando se fueron mi mamá se mete a llorar y me dice: “mi hijita, venían por usted”. Y yo le aseguro que si a mí me hubieran preguntado, yo les digo quien soy, porque yo no sabía, no entendía qué estaba pasando, total que, bueno, no me llevaron.

No obstante la persecución de la que fue objeto, conforme las condiciones se lo permitieron, trató de seguir con su vida personal, académica y política. En 1972 se casó con Mario René Mautute García-Salas. Como docente de la USAC participó en diversas actividades políticas. En 1978 tomó parte activa del equipo de trabajo que organizó la campaña que llevó al Dr. Saúl Osorio a la

rectoría de la Universidad, por lo que se hizo muy visible dentro y fuera de ella. Acerca de ello expresó:

[M]ilitaba políticamente en las actividades universitarias. Nosotros tomamos parte muy fuertemente, digamos, cuando fue electo [rector] Saúl Osorio. Nosotros fuimos del equipo de trabajo que organizó su campaña, que realizó su campaña, que, entonces, digamos, que éramos como el centro. Entonces nos hicimos muy visibles, porque ahí no era una cosa, digamos, interna, sino, digamos, que era totalmente abierta y todo mundo sabía.

También en 1978 avanzó en su activismo feminista al participar en la organización de un grupo de mujeres que hacía trabajo tanto en la capital como en los departamentos, con maestros, indígenas, etc. A partir de lo cual se fundó, en 1980, la Unión Nacional de Mujeres Guatemaltecas (UNAMG). Sobre el particular detalló:

nosotros trabajamos del año 78, digamos, hasta el 80; y el 8 de marzo la idea era hacer la convención nacional para organizar a todos los grupos que ya se habían formado, ¿no? Entonces el 31 de enero fue la quemada de la embajada de España, pero, ¿no?, decidimos que de todas maneras la íbamos hacer, porque no era posible no hacerlo, la gente estaba esperando y en las condiciones tan difíciles creamos y organizamos ese grupo de mujeres, ¿verdad? Entonces fue en una de las colonias populares de Guatemala en donde se hizo esa reunión enorme de gente. Llegaron las mujeres del Quiché a hablar sobre los problemas que ya estaban pasando ahí, indígenas especialmente. Y realmente yo creo que sí fue bastante importante esa reunión en cuanto a la relación que se dio entre las mujeres de la ciudad y del campo; y darse cuenta ellas de que había muchas cosas y problemas en común [...] las otras mujeres las apapacharon, les dieron toda su solidaridad, bueno, fue algo muy lindo esa reunión de trabajo. Eso se lo estoy contando, no porque yo lo haya vivido, porque en las condiciones de clandestinidad en que vivíamos, yo no

pude aparecerme a la reunión esta, ¿verdad?, porque, pues, yo tenía otras actividades y otras cosas que no me lo permitían y, además, no era lo mejor que una gente que estaba en la Universidad apareciera.

Sí, entonces como que yo era, digamos, de fuera, el apoyo que daba. Pero, pues, éramos un grupo grande como de ocho gentes responsables, digamos, de toda la organización. De ellas desgraciadamente algunas se murieron, otras están vivas. Esta organización de mujeres trabajó en Guatemala hasta el año 86 como tal, después le tuvimos que cambiar el nombre, ahorita todavía hay un grupo de mujeres que se quedó trabajando.

DE LA VIOLENCIA EN GUATEMALA...

Precisamente en 1978 se abrió el periodo de mayor violencia estatal que el país hubiera vivido hasta entonces tanto en zonas urbanas como rurales. En ese contexto la USAC fue uno de los principales blancos, donde la persecución, el asesinato y la desaparición forzada escalaron a altos niveles. Acerca de los primeros indicios de la violencia institucional en general y en la Universidad en particular, recordó:

Bueno, pues, recuerdo el año 78, 78 [...], creo que uno de los primeros asesinados en la capital fue Alejandro Cotí que era un muchacho de la Facultad de Ingeniería, éste ya fue como quien dice el “banderazo” para empezar la persecución en la Universidad, porque la persecución contra otras personas ya había empezado, pues, digamos, ya había pasado lo del Quiché, lo de Mamá Maquín que la habían asesinado, ya en muchos pueblos estaba totalmente militarizado todo, pero en la capital como que se habían mantenido un poco más libre, digamos, había más libertad como de menos para accionar los movimientos.

Después de esto empezaron a ser asesinados estudiantes de la Universidad. Recuerdo a tres compañeros que eran miembros de la Juventud Patriótica del Trabajo y nosotros como grupo, diga-

mos, maestros de la Universidad teníamos mucha relación con ellos, porque hicimos la campaña, estábamos en todas las reuniones, nos invitaban a sus actividades, nosotros los ayudábamos en algunas cosas, en las actividades.

En ese clima de terror generado por los primeros asesinatos de estudiantes de esa oleada de violencia estatal contra la USAC, su militancia y activismo no cesaron, con lo que su visibilidad fue en aumento y estuvo en la mira de las llamadas fuerzas del orden. Al respecto rememoró:

me llaman por teléfono en la noche y me dicen: “te queremos pedir un favor, ingeniera”, me habló uno de los jóvenes de la Facultad de Economía, “sí, le digo, con mucho gusto”, “fíjese que hay tres cadáveres en la morgue y creemos que son fulano, mengano y zutano, entonces queremos que usted vaya y los reconozca”, dije yo: “entonces, bueno, pues, voy a ir, ¿verdad?”, y Mario René me dice: “¿vas a ir sola?” —eran como las once de la noche— “ya sabes cuales son los problemas ahorita y no sé qué”, “pues sí”, le digo, “no, yo me voy contigo” y nos fuimos. Pero ya hasta los papás de los muchachos nos conocían de tan populares que éramos nosotros, ¿verdad? Entonces cuando entramos a la morgue estaban los papás de uno de los muchachos y me dicen: “¡ah!, ingeniera ¿para qué viene?”, “¿por qué?, les dije, ¿qué pasa?”, “mire ahorita se acaban de ir los de la policía que están aquí, con metralletas y todo, esperando a ver quién venía, ahorita se fueron, pero, por favor, ¡váyanse!”, “no, le dije, yo tengo que entrar”. Y, pues sí, realmente entramos y, pues, vimos a los muchachos, los reconocí y dije: “sí, son ellos”, ¿verdad? [...].

Al evocar esas experiencias reflexionó sobre el dolor que ello le causó de la siguiente forma:

Pero —mire— yo sentí morirme, porque es algo tan terrible, sentir que vidas de jóvenes están destrozadas, ¿verdad? Entonces eso fue una cosa que ya como que marcó un poquito más la situación,

¿verdad? Pero el dolor más terrible es no poderles llorar, no poder elaborar los duelos, porque uno tenía que ir a la Universidad como que no estaba pasando nada. Bueno, claro íbamos a los entierros y toda la cosa, pero ahí se acababa, nosotros seguíamos siendo maestros y seguíamos dando clases [...].

A los primeros asesinatos de estudiantes, siguieron las amenazas sin ambages a profesores de la USAC, por parte de grupos paramilitares. Sobre este delicado asunto narró:

[A] finales del 79, bueno —quiero decirle—, yo en ese momento ya era responsable, digamos, del grupo de trabajo de la Universidad en lo político. Entonces teníamos reuniones para organizar cosas, para ver qué pasaba o para dar las respuestas o lo que fuera. Y entonces un día en la Facultad, en la Escuela de Ciencias Políticas nos dijeron: “fíjense que llegaron un grupo de cartas” y eran como unas treinta cartas. [...] Y entonces yo les digo: “¿por qué nos avisan, por qué me dicen a mí?”, “porque creo que hay una para usted”. Había gente del Partido, pero había gente que no era del Partido, pero que también estaba en otras organizaciones. Bueno, y a todos nos decían: “que nos fuéramos de Guatemala o nos mataban”, ¿verdad? Entonces yo dije: “pues yo no me voy”. Y le conté a Mario René: “fíjate que recibimos estas cartas”. Entonces hicimos una reunión política y dijimos: “pues lo mejor es no moverse, porque por qué nos vamos a tener que ir, si nosotros no estamos haciendo nada que sea así terrible, ¿verdad?, ninguna cosa, por qué vamos a tener que abandonar el país y a dónde nos vamos”.

La violencia institucional y las intimidaciones se aplicaron también al rector de la Universidad, por lo que sus colaboradores cercanos implementaron medidas para protegerlo y evitar su posible asesinato. Al respecto expuso:

Bueno, y en ese momento —he de decirle— Saúl ya era como casi clandestino, ¿verdad? Porque él no vivía en su casa, lo cambiá-

bamos de casa cada noche para poder estar al día siguiente en la Universidad, atendía las cosas de la Universidad. Bueno, era algo terrible, porque teníamos muchas cosas concentradas que resolver, ¿no? Especialmente lo de Saúl, porque nosotros decíamos no puede ser que lo maten, pues él era el principal de la lista, ¿no? No, no vamos aceptar eso, ¡ay Dios mío!

Como parte de la respuesta ante la amenaza de muerte, al sentir que ésta les rondaba, ella y otros colegas suyos también instrumentaron medidas de seguridad preventiva. Sin embargo, como lo relató, en al menos un caso las medidas fueron infructuosas y cobraron la vida de un profesor universitario de su círculo político, en tanto que ella se salvó de morir de manera fortuita:

Y entonces entre la gente que estaba en esas cartas había un compañero [...] con el cual yo me movilizaba mucho, pero entonces ya empezamos a tomar precauciones, a no usar los coches, digamos, si uno iba en su coche llevaba a los otros y los otros dejaban el coche o así, o cambiábamos de ruta, bueno, ya cosas de seguridad para poder defender. [...] Alfonso Figueroa se llamaba este compañero, licenciado en Economía. Entonces quedamos una mañana que teníamos una reunión que él me iba a pasar a recoger a la casa, pero no sé por qué razón, no sé, me llamó y me dijo: “fíjese que no voy a poder pasar”, “bueno, no se preocupe yo llego a la Universidad de todas maneras” y no pasó por mí, se fue con su esposa a la Universidad y lo mataron ese día, o sea, que si hubiera ido con él en ese coche a mí también me matan.

Ante el peligro inminente de perder la vida, junto con su esposo, intentó profundizar las providencias y pasar a la clandestinidad o, por lo menos, a una semiclandestinidad, pues siguió trabajando en la USAC. Acerca de ello detalló:

Bueno, a los diez, quince minutos, que sucedió ya estaban las llamadas en la casa que ya mataron a fulano, etcétera, etcétera, ¿no?

Bueno, todas estas cosas eran para nosotros algo muy terrible, pero no en lo personal, sino en lo político, ¿no? Era demasiado, era pesada la situación, entonces tomamos la decisión de medio “clandestinizar”, medio porque no podíamos totalmente “clandestinizar” teníamos que ir a la Universidad, ¿verdad?

Pero de hacer otro tipo de cosas, ya no vivir en la casa, nosotros tuvimos que salir de la casa para no estar ahí. Pero, desafortunadamente, un día que ya estábamos en otra casa llamaron a Mario, su hermana, creo que era, no sé cómo encontraron nuestro teléfono de donde estábamos, le dijo: “que su papá estaba muy malo, que le había dado un ataque en el corazón y que estaba en el hospital”. Entonces decidimos ir a verlo [...] y fuimos a dejar el carro a la casa. Yo le dije a Mario: “tenemos que sacar papeles, entonces, saca tus papeles, tu pasaporte todo y yo voy a sacar todo si tenemos algún dinero llevémoslo”. Y, bueno, no sabíamos cuándo íbamos a regresar, entonces sí cada quien entró hacer sus cosas y todo y nos fuimos a ver al papá. Después ya no podíamos salir, ya nos dijeron que no saliéramos de la casa. Y entonces le avisaron a Mario que su papá había muerto, no pudo estar ni en el entierro, ni en el velorio, ni nada. Y nos contaron que había estado lleno de policías, ¿no?, todos con metralletas. Sí, y en la casa, el día que fuimos y sacamos las cosas, una señora que nos ayudaba en la casa, que todavía llegaba a ayudarme, me dijo: “¡ay! para qué vinieron”, “pero, ¿por qué? —le dije— María, dígame ¿por qué?”, “pues porque aquí han estado los hombres con metralleta, allá abajo y aquí arriba, todo el día, ahorita se acaban de ir como que cambiaron de turno”.

Debido a que la continuidad de la violencia estatal de la que ni la semiclandestinidad intentada los mantenía del todo a salvo, por decisión más del Partido que propia, como lo subraya en su narración, prepararon su salida al exilio a Costa Rica, aprovechando que tenía que llevar a cabo labores políticas para el mismo Partido; en tanto que su esposo se quedó un poco más en Guatemala:

Entonces, bueno, pues, ya se decidió que ya no saliéramos más a la calle, ya me mandaron decir: “bueno, pues, yo creo, que lo mejor es que salgan del país”. Yo no me quería ir realmente. Y precisamente a Alfonso el día que nosotros le dijimos: “mire Alfonso ya no salga, mejor, y no sé qué”, me dijo: “no, yo prefiero estar muerto en mi país, que exiliado en cualquier otro lado”. Y claro, pues, lo mataron, ¿verdad? Yo no sé y uno se pregunta a veces qué será lo mejor, ¿verdad?

Y entonces, bueno, ya la decisión estaba tomada, nosotros teníamos que salir del país. Yo tenía algún trabajo político que hacer fuera también, porque había que denunciar todo, ¿no?, lo que estaba pasando entonces. Y además el trabajo con las mujeres había que organizar cómo se quedaba y sí se organizó más o menos quienes se quedaban y quienes se iban. Pero —ya le digo— yo salí de Guatemala sin querer salir.

Yo quería quedarme. En este momento pienso que, tal vez, estaba equivocada y pienso que estábamos jugando casi a la víctima, pues, a ser santos, ¿verdad? Porque llegamos a tal extremo de no pensar en la vida, que no nos importaba morirnos, o sea, a mí realmente no me daba..., bueno, sí me daba miedo que me iban a matar, pero decía yo: “bueno, pues si me matan, me matan y ya”, o sea, como llegamos a deshumanizarnos tanto o cómo ese dolor tan grande, esa rabia, ese enojo que hace a uno volverse inhumano, pues, porque realmente si lo más preciado que tiene el ser humano es su vida, ¿no?, pero como que uno la desprecia ya en un momento como diciendo, bueno, y qué si me matan qué, entonces, digo, yo, la verdad es difícil decir quién estaba y quién no, pero a mí me ha tocado seguir viviendo y tengo que seguir viviendo para dar muchos testimonios.

Pues sí y claro la gente que se quedó en mucho no entendió por qué fue que nos salimos, yo creo que habrá gente que nos pueden acusar muy severamente de decir: “bueno, tú me embarcaste en esto y te fuiste y nos dejaste” y a lo mejor tengan razón también, ¿verdad?, de sentir eso.

[...] Yo creo que el quince de abril del 80 yo salí de Guatemala y salí rumbo a Costa Rica. Pero de ahí realmente yo después salí hacer otras actividades a otros lados y regresé como en unos tres meses a Costa Rica. Y precisamente Costa Rica por eso de que —le cuento— mi hermana vive ahí. Entonces, yo pensé, bueno, por lo menos hay una base pequeñísima en la cual poder estar, ¿verdad? [...] Mario se quedó [en Guatemala un poco más].

[...] lo que nos hablaron a nosotros en la organización fue: “bueno, se van por unos seis meses y regresan, porque ya en esos seis meses ya todo pasó y no sé cuánto”. Y nosotros que lo creímos, ¿verdad?

Mientras estaba en Costa Rica, en su primer exilio, su esposo buscó y consiguió apoyo tanto jurídico como material del Alto Comisionado de Naciones Unidas para Refugiados (ACNUR). En este sentido apuntó:

Mario René creo que era un poco más visionario en la cuestión de que no todo, todo, iba a ser tan fácil ¿no? Y cuando yo regresé de mi viaje a Costa Rica, él ya estaba ahí, ya había hecho gestiones en ACNUR para que nos tomaran como refugiados, ya nos habían aceptado ellos de menos como refugiados. Yo nunca aparecía, aparecía así como una sombra por allí, pero, digamos, él fue el que [hizo los trámites].

En ACNUR, en aquel tiempo, cuando uno llegaba le daban una cama en donde pudiera dormir, le daban una cocinita chiquitita para que pudiera alimentarse y le daban algunos alimentos para poder mantenerse, ¿no? Claro, nosotros vivimos con mi hermana un periodo, pero, pues, todo tiene su límite, uno sabe que no debe molestar más de lo que se puede, ¿verdad? Entonces decidimos, pues, ya vivir solos y pasarnos a la casa de un amigo que se iba a casar y nos dejó su casa. Entonces él nos dejó en herencia algunas cosas, el ACNUR nos dio otras y nos daban una pequeña cantidad de dinero, digamos, como para menaje de casa, decían ellos, ¿no? Entonces ya compramos que las primeras ollitas, que los primeros trastos, las primeras cosas.

Estando exiliada continuó su labor política con el Partido, lo que le valió ser integrada al Comité Central y le trajo nuevos peligros, pues le dieron instrucciones de regresar sola a su país y vivir en la clandestinidad, lo que aceptó, pese a que la violencia institucional no se había detenido. Acerca de su decisión, explicó:

Bueno, nosotros seguimos organizados, yo hice trabajos internacionales en muchos lados a favor del movimiento revolucionario en Guatemala; me tocó viajar por muchos países y hacer muchas cosas. Pero en un momento dado, bueno, yo ya tenía algunos cargos de dirección en la organización, y en un momento dado llegaron y me dijeron: “bueno, tú eres miembro del Comité Central, te elegimos y necesitamos que te regreses a Guatemala, pero posiblemente tu esposo no pueda regresar porque es demasiado obvio él como para poder venir, entonces vamos a organizarle aquí algo para que se pueda quedar y nosotros te ofrecemos entrarte a Guatemala, sólo que clandestinamente”.

[...] Bueno, pero, entonces, yo les dije: “yo siento que la revolución necesita gente y voy hablar con Mario René y yo acepto regresar”, y me dijeron: “y no lo vas a consultar a él eso de que te regresas”, “no, yo tomo mis decisiones”, es una de las cosas que yo creo que me ha traído a veces muchos problemas serios, ¿verdad?

Entonces, bueno, le dije [a Mario René]: “fíjate que está pasando tal cosa, yo sé que es necesario que vaya hasta allá, las cosas no se pueden hacer desde fuera, me voy, me voy a regresar a Guatemala”.

Según recordó y expresó, su regreso a Guatemala no fue fácil, ya que estuvo muy expuesta a ser descubierta; pese a ello se sintió satisfecha con ella misma por actuar de acuerdo a sus convicciones:

Entonces yo regresé y dos años estuve en Guatemala en la total clandestinidad, no veía ni a mi familia ni a nadie. Ha sido una experiencia muy dolorosa, tal vez la viví con mucho entusiasmo, con

mucha entrega, con una total, eh, entrega a mi pueblo. Yo creo que siempre lo que hemos soñado es que se cambie la situación, que la gente viva mejor, entonces no me importaban nada los mayores sufrimientos, no me importaban nada.

[...] Y yo, pues, viviendo la vida cotidiana allá, ¿no?, y con miles de peligros y cosas. Porque, en primer lugar, yo sabía que mucha gente me conocía, porque di clases en la Universidad, entonces, ahí en un banco o en cualquier lugar ya sentía ¡Dios mío! aquí me van a decir mi nombre y yo me voy a morir, ¿verdad?, por eso. Y, por otro lado, viviendo las tareas clandestinas de una organización, ¿no?, entonces eso es muy complicado, pues a mí me tocaron todo tipo de tareas, todo tipo, las que se puedan imaginar. Y yo me siento, creo que bien conmigo misma, porque yo no me negué nunca a dar lo que pude para poder hacer avanzar el trabajo, ¿no?

La buena disposición por estar en su país para realizar labores políticas para el Partido no fue suficiente ante el aumento desmesurado de la violencia estatal, lo que la llevó, de nueva cuenta, a estar cerca de ser detenida, desaparecida o muerta. Sobre esto rememoró:

Y entonces todo esto iba complicando mi estancia en Guatemala. Ya en el 83 y 84, bueno, fue toda la persecución en la ciudad, ¿no?, cayeron compañeros, así, pero por montones, por montones, por montones. Y dentro de las cosas que a mí me tocaba era la relación con una compañera, entonces también haciendo el trabajo internacional [...] Y cayó uno de los compañeros. Y entonces me dijeron: “ya no puedes estar en Guatemala más, porque ya está demasiado complicado, él sabe en dónde vives y él sabe esto y el otro, así que te tienes que ir”, “no, les dije, yo me quiero quedar”. Y entonces estuve otro tiempo, pero les dije: “eso sí, nadie va a saber mi dirección”. Entonces llegó la compañera ésta con la que trabajábamos, teníamos locales donde trabajar [...] y me dice: “bueno, dice el secretario general del Partido que me des tu dirección, porque yo tengo que buscarte y no puedes estar así”, “pues dile a él, le dije, que yo lo

respeto mucho, pero que estando la situación como está no le doy la dirección mía ni más”, “no, pero es que fíjate que te puede pasar algo”, “pues que me pase, ya lo sabrán por los periódicos, nosotros tenemos donde reunirnos tenemos fecha de reunión, tenemos esto, lo otro, así es que nada”. A los dos días habíamos quedado con ella de juntarnos pensando en desmontar unos locales que teníamos, porque ya era demasiada la persecución. Entonces llegué al lugar en donde nos íbamos a reunir, pasaron diez minutos, pasaron quince, pasaron veinte minutos, a la media hora dije, bueno, ya es suficiente. Entonces la segunda vez voy a regresar —porque siempre, pues, había la posibilidad de una segunda reunión, ¿no?—, entonces voy a regresar el día que me toque la reunión y cuando al día siguiente veo en los periódicos la foto de ella que la habían agarrado presa.

Ante la inminencia del peligro, aceptó el mandato de su Partido de dejar Guatemala y dirigirse a México, lo que resumió de la siguiente manera:

Entonces, pues, ya fue la decisión de volver a salirme, ¿no? Entonces, bueno, me dijeron: “tienes que trasladarte a México”. Entonces yo vine acá a México y seguí trabajando aquí. Y, bueno, tuve que hacer otros viajes también, a otros países.

En medio de los preparativos para la salida de su país a un nuevo exilio tuvo que enfrentar ciertas vicisitudes familiares, pues al proponerle a su esposo —quien se había quedado en Costa Rica— que se reunieran en territorio mexicano, él no se mostró muy dispuesto. Acerca de ello, refirió:

Entonces, pues, ya hablé con Mario René. Bueno, él tenía muchas quejas, resentimientos, indudablemente, posiblemente tenía razón, pero las cosas que uno hace, pues, tiene que ser pensando... Tal vez, yo lo herí mucho en eso de decidirme sola a irme, ¿no?, pero tampoco podía pensar en no hacerlo, no hubiera quedado tranquila con mi conciencia si no lo hago, ¿no?

Entonces en este caso de que viniera aquí, él ya no quería venir, porque lo que pasa es que él es una gente muy capaz, en muchas cosas, pues, allá le habían dado ya algunos trabajos de investigación, cosas así, ¿no?, en los cuales, pues, él se desempeñaba bien. Entonces volver a desmontar todo, para contar que él solito desmontó casa; bueno, llegaron unas gentes a ayudarlo, pero desmontó casa, vendió lo que pudo, hizo lo que pudo, etcétera, para poder venir acá, ¿no?

Y sí traía muchos resentimientos indudablemente. Entonces los costos emocionales también existen en este sentido. Pero, bueno, no sé, él muchas veces todavía se recuerda, ¿no?, y dice es que: “tú hiciste”, pero yo le digo: “bueno, la historia dirá si me equivoqué o no me equivoqué, ¿no?”.

Sin resolver del todo su situación conyugal, tuvo que salir de Guatemala en medio de un operativo discreto y eficaz que la llevó primero a Honduras, en autobús, y de allí a México, en avión, lo que describió con las palabras que se citan a continuación:

Bueno, pues —como le estaba contando—, yo tuve que salir así, ya porque sentíamos que estaban sobre nuestros talones, como quien dice, ¿verdad? Y que ya, pues, la decisión fue salir, porque ya no se podía estar un minuto más en Guatemala, eh, creo que ya nos habíamos un poco acostumbrado a vivir a salto de mata, como decimos nosotros, ¿no?

Y, pues, una maletita lo más pequeña que se pudiera. Bueno, la primera cosa fue que yo no podía salir, digamos, por las fronteras a México, porque, pues, ya había muchos peligros en toda la frontera. Entonces decidimos que mi salida fuera por Honduras. Me acompañó una persona, un compañero de la organización, claro, sin decirnos, ya a la hora de entrar al autobús, ni nada, él ni me conocía a mí, ni yo lo conocía a él, lo que me pasara a mí él lo único que tenía que hacer era informarlo, ¿no?

Y entonces salí por ahí, por tierra, precisamente, un poco con la idea de que esa frontera, pues, es menos problema; y segunda, de que mucha gente de Honduras pasa a Guatemala a ver al señor

a Esquipulas que es una [tradición]. Entonces nosotros hicimos el viaje hacia Esquipulas, ahí estuvimos unas horas y ya luego tomamos un autobús para irnos a Honduras. Entonces al llegar a Honduras había que comprar el boleto [de avión]; menos mal que había boletos libres, porque hay veces que se sufre; llega uno y no hay boleto de avión, sí para volar a México, porque ya la idea, pues, era venirse para acá, ¿verdad?

AL EXILIO EN MÉXICO

A su arribo a la capital mexicana, lo que sería su segundo y definitivo exilio, ya la esperaba un miembro del Partido, quien le proporcionó el primer apoyo. Tal situación la detalló así:

Sí había algunas gentes que, pues, que sabían que yo tenía que viajar y que me estaban esperando en el aeropuerto, o sea, que ahí más o menos todo fue tranquilo. Lo más interesante de todo era que yo tenía que viajar con mis propios papeles, porque no podía ser de otra manera, ¿verdad? Por supuesto, estando en la clandestinidad uno tiene que usar otros papeles que no sean los de uno. [...] Entonces llegué acá y me está esperando en el aeropuerto un compañero —los compañeros siempre se portan muy bien con uno, ¿verdad?— Entonces me recogió, me llevó a una casa de unos amigos mexicanos, por cierto, y ahí estuve como un mes, quizás, y luego, pues, a buscar donde estar ya más formalmente, sí porque la idea también era de que Mario René ya se trasladara para acá.

Una vez en México, buscó recuperar su vida familiar e insistió a su esposo para que se reunieran en este país, pero la situación siguió tensa a punto tal que llegó a pensar que su matrimonio había terminado, lo que describió como sigue:

Entonces la primera cosa, ya estando acá, fue hablar con él por teléfono y decirle: “bueno, pues, estamos pensando que te vengas a vivir

acá”, entonces me dijo: “bueno, pues, vamos a ver si me decido, porque no estoy totalmente decidido”, él quería poner sus condiciones.

Y yo pensé, pues, muchas veces dije: “bueno, pues, aquí terminó nuestro matrimonio, aquí terminó todo”, ¿no?

En espera de solucionar el asunto familiar, empezó a dar los pasos necesarios para instalarse. En ese sentido, según recordó, vivió una buena experiencia por la solidaridad de algunos conocidos mexicanos:

Pero, bueno, una compañera mexicana del PC mexicano me rentó su casa, un departamento que tenía. Una linda compañera, muy cariñosa, muy especial con los guatemaltecos, gente que nos apoyó mucho, porque tengo que decir eso, que los compañeros siempre fueron muy solidarios con nosotros, no sólo en estos casos, ¿no?, sino que en todos los casos que tuvimos tantos problemas y ellos siempre nos brindaron su hospitalidad, o sea, que en este caso yo digo que la sociedad mexicana es muy especial, porque cuando uno tiene amigos son realmente amigos, ¿verdad? [...].

Bueno, yo tenía el antecedente de mi padre que había estado acá exiliado, ¿no? Entonces teníamos algunos amigos aquí, también, aparte de los compañeros del Partido [...].

Mientras lograba instalarse, entró en contacto con otras conacionales exiliadas y con ellas retomó su trabajo como activista feminista, el cual se concretó en recibir a otras guatemaltecas que huían de su país y llegaban a México sin ningún apoyo. En esta actividad se solidarizaron algunas mexicanas y organizaciones de mujeres de otras latitudes. Acerca de sus actividades tenía presente:

Sí, aquí en México, varias compañeras de la Unión de Mujeres Guatemaltecas que salieron [al exilio] estuvieron aquí y otras compañeras de Guatemala que ya no militaban allá, digamos, desde el 54 que habían venido y que estaban viviendo acá, pues, también se

agruparon en esa organización. Entonces empezamos ya un trabajo más amplio. Esta actividad nos permitió en muchos momentos encontrar apoyos. Después que yo salí fue, digamos, fue casi como desgranar la mazorca, tuvieron que salir muchos compañeros, con unos problemas terribles, bueno, esposas de compañeros que habían desaparecido, esposas de compañeros que habían muerto, gente con muchos problemas y he de decir que esta organización apoyó y nos apoyaron también las compañeras mexicanas de otras organizaciones de mujeres. Eso nos ayudó mucho a poder resolver los problemas, porque, bueno, salía la gente, pero, digamos, las mujeres venían con sus hijos, entonces no era posible, se podían tener quince días en un hotel, pero nada más, ¿verdad?

Al recordar el apoyo brindado por mujeres mexicanas se detuvo para dejar testimonio de su reconocimiento y agradecimiento a esas y otras solidaridades que encontró en el país de acogida:

Pues todos estos compañeros [mexicanos] lindísimos a los que yo quiero mandarles un mensaje de mucho agradecimiento, de mucho reconocimiento por esa solidaridad tan enorme. Pero aparte de eso también se daban días de solidaridad con Guatemala en el PSUM, después en el PRD, y siempre logramos [apoyo] no sólo de ellos, sino de mucha más gente que llegaba. Íbamos a aquellos famosos festivales del PSUM, ¿verdad?

Entonces todo eso nos sirvió a nosotros porque también recogíamos dinero para poder apoyar a estas gentes que estaban viviendo acá y, pues sí, de mandar algunas veces al interior [de Guatemala] que era muy importante, ¿no? Entonces yo creo que se hicieron cosas muy importantes y de mucho valor para la moral de la gente, ¿no? Porque, pues, uno se siente totalmente fuera de contexto, se siente que su vida se acabó en algunos momentos, ¿no?

Y entonces el sentir esa solidaridad siente uno, bueno, pues, hay gente que todavía está pensando en nuestros problemas a pesar de que tiene los suyos, ¿no?

Retomando el hilo del recuento acerca de su activismo, comentó que además de colaborar con las acciones de solidaridad con quienes llegaban de Guatemala, también contribuyó con la elaboración de documentos de difusión y denuncia sobre la situación de su país, donde imperaba la violencia institucional y la violación de los Derechos Humanos, en particular aquella que afectaba directamente a las mujeres. En relación con esto puntualizó:

También tuvimos algunos documentos, aquí sacamos algunos periodiquitos de esta organización de mujeres, los mandábamos a muchos lados. Pudimos también, en algunas ocasiones, sacar compañeras de Guatemala, que sólo iban de paso aquí, entonces aquí organizábamos todas las cosas que tenían que llevar y fotos y documentos, discursos. [...] Porque pasaba gente, mucha gente, ¿no?, para, digamos, una cuestión del Tribunal de los Pueblos, creo en España, en donde también se hizo mucha denuncia en Europa, especialmente. También, bueno, la Unión de Mujeres Cubanas siempre nos apoyó, nos reconoció como una organización de la Federación Internacional de Mujeres [...].

Yo siento que a Guatemala le tendieron una cortina de silencio, o sea, que no sé, pasaron cosas horribles y en ningún lugar del mundo se sabía lo que estaba pasando en Guatemala, ¿verdad?

Y si no salíamos nosotros o no se sacaba algo, pues, la gente ni cuenta se daba de lo que estaba pasando, pero creo que es también un poco relacionado con nuestra idiosincrasia como guatemalteco. [...]

Entonces, pues, eso también fue parte de romper ese silencio, era algo espantoso, muy espantoso, muy complicado, muy difícil, y por más que íbamos diez, veinte o cincuenta personas —o las que usted quiera— a decirlo, pues como que ahí se quedaba, ¿no?, o sea, en eso sí pienso yo que ha sido una enseñanza muy dura para nosotros esto y en México aprendimos también bastante de esto, o sea, cómo ir rompiendo esos silencios, cómo ir haciendo contactos con la gente, y eso también ha sido una gran ayuda, creo yo, para el

movimiento revolucionario guatemalteco, todo ese enorme apoyo que la sociedad mexicana nos ha brindado de una u otra manera, ¿verdad? Por eso yo le decía que en estos años, hasta el 87, 88, pues, nos tocó vivir toda esa época de denuncia, de estar teniendo que denunciar, pero de repente nos pusimos a pensar nosotros, bueno, no sólo es denunciar, tenemos que hacer proposiciones, ser propositivos para cambiar un poco todo, ¿no?

Otra cuestión importante de su exilio fue la inserción laboral. Acerca de ello, al hacer memoria, refirió que tuvo muchas dificultades para incorporarse al ámbito académico formal, pues cuando buscó emplearse en él no encontró mucha receptividad, lo que, conjuntamente a su falta de constancia, hizo que desistiera y buscara otros horizontes de trabajo:

entonces, bueno, nos vimos muy complicados porque, por supuesto, cambiar de la total clandestinidad en la que uno no tiene derecho a dar su número de su teléfono, ni su casa, ni su nombre, ni nada, nada, nada. Bueno, a ver cómo nos metíamos en una sociedad —a la que no es que no nos hubiéramos metido, porque vivíamos aquí—, pero en la que realmente estábamos desconectados de muchas cosas, ¿no?

[...] estábamos acostumbrados a trabajar antes, o sea, que teníamos esa escuela ya de ver, bueno, cómo se puede conseguir un trabajo, etcétera. Sin embargo, creo que en eso no hemos tenido muy buena suerte, creo yo, o mucha constancia, o yo no sé qué. Yo algunas veces solicité trabajo en distintos lados, en la UAM, en la UNAM también. Una vez al fin en la Facultad de Ingeniería me dijeron: “sí, cómo no, le vamos a dar un grupo, no se preocupe”, que venga, hasta me llamaron, me dijeron cuál era mi salón y que mañana venga usted y “firma los papeles y se va a estudiar”; y cuando llegué me dijeron: “fíjese que siempre no la vamos a contratar, porque como usted es extranjera, no sabemos cómo contratarla” —¿usted cree que no sabían?, cuando hay tantos universitarios extranjeros en la UAM, en la UNAM, ¿verdad?—.

[...] Y así, pues, en distintos lados que tenía amigos o gente. Entonces nunca he conseguido, digamos, como clases para dar. Entonces decidí: “bueno, ahora me voy a dedicar a clases por mi cuenta”, empecé a dar clases, digamos, de apoyo a niños de la secundaria, de la primaria y, pues, con eso me he ganado la vida más o menos. Bueno, no, le debo decir que hemos hecho de todo en este México querido para poder mantenernos: he vendido pasteles, he vendido pizzas, he vendido “refacciones” en una escuela, ahora a veces vendo ropa típica de Guatemala.

En medio de las dificultades para conseguir trabajo, tuvo una oportunidad que resaltó por haber sido muy satisfactoria al tratarse de una labor docente con refugiados guatemaltecos de los campamentos instalados en el sureste mexicano. Sobre esto narró:

[O]tra amiga, guatemalteca también, que sabía la situación tan difícil que estábamos pasando, un día me llamó y me dijo: “fíjese que hay un trabajo de ir a dar unas clases —como ella sabía que yo era maestra, que fui maestra toda mi vida—, hay una posibilidad de meterse en un proyecto de educación para maestros de educación rural que van a salir a los campamentos, pero eso sí, me dijo, lo que hay que hacer es ir, viajar hacia los campamentos todo el tiempo”. [...]. Eh, quiero hablar de esto porque para mí es una cosa muy importante, que también marcó mucho mi vida en muchos aspectos, yo siento que hay cosas que le dejan a uno muchas satisfacciones y esta es una de las que a mí me ha dejado mucha satisfacción, ¿verdad? Y entonces que: “bueno, pues, le vamos a pagar por cada vez que vaya, le vamos a dar sus viáticos y le pagamos una cantidad”, porque era como que estaba empezando, ¿no? Entonces yo sí, dije, que sí, pues ya cualquier cosa que entrara a la caja de la familia era buena, ¿verdad? [...] el trabajo me gustaba, entonces ya empecé a dar clases de matemáticas para estos muchachos [...].

En medio de los vaivenes laborales tuvo oportunidad de realizar estudios sobre un tema de gran interés para ella, como lo

era el de la situación de las mujeres, esto en una universidad pública de la ciudad de México. Actividad sobre la que tenía muy gratos recuerdos, que relató así:

Entonces me metí a la UAM-Xochimilco a estudiar un curso sobre estudios sobre la mujer [...] resulta que yo tuve que meterme con otro nombre, no se me ocurrió nunca meterme con mi nombre, porque todavía tenía esos miedos y esas cosas, ¿no?

Entonces me tuve que meter con un nombre que no era el mío, una amiga fue a hablar, [dijo] que yo todavía no había terminado de estudiar, pero que estaba interesada y que era bueno que lo hiciera, entonces me aceptaron en el curso. Y pasé la época más linda que he sentido yo, porque realmente yo necesitaba mucho de la gente, necesitaba muchísimo, ¿no? Y el grupo de amigas y compañeras que nos dimos cita en ese lugar fue precioso, un grupo muy lindo de gente toda muy inquieta, cada quien en su profesión, pero de todas maneras pensando en la cuestión de las mujeres, unas que eran abogadas, otras que eran antropólogas, otras historiadoras, pero todo mundo pensando así [...].

Otra cuestión que no le fue fácil resolver fue la de la documentación migratoria, en parte por las dificultades que en general entrañan este tipo de trámites, pero sobre todo por la forma en que ingresó y permaneció en el país de acogida. En torno a las adversidades que sufrió no sólo ella, sino también su esposo, detalló:

Entré como turista, pero a los seis meses qué hacía, yo no podía regresar, no podía salir. [...] Entonces lo que me quedó fue tener papeles irregulares, ¿verdad?, o sea, estar aquí sin permiso, digamos, ¿verdad? A mí no me gusta la palabra ilegal, porque es como que uno está haciendo algo que no debe, ¿no?, sino simplemente que no había las condiciones para poder tener los papeles [regularizados].

[...] había que hacer un trámite, ¿no?, entonces, para eso del FM3, cada año había que presentar una propuesta de trabajo, en-

tonces en el tiempo que no trabajé [se dificultó] [...] porque ya éramos refugiados, pero estábamos fuera de la cuestión por haber tenido tanto tiempo aquí en México, entonces empezamos a hacer esta actividad, digamos, de reconocimiento como refugiados ya por Gobernación. Por ACNUR, sí.

[...] bueno, no queríamos acercarnos a ACNUR mucho, precisamente por estas cuestiones de las actividades que estábamos realizando, ¿no? ... eh, tuvimos que... solicitar... no, fuimos a... ¿cómo fue? ..., a un licenciado. [...] le pedimos que hiciera favor de organizarle a Mario, pues, toda su papelería para mantenerlo ya un poco más en regla, ¿no? Y entonces, bueno, pasó el tiempo, nosotros siempre le preguntábamos y nos decía: “es que no han contestado, es que no han contestado”. De ese “no han contestado” eran dos años. Ya era mucho, ¿verdad? Entonces, bueno, seguimos yendo y diciéndole, hasta que un día le dije: “mire, ¿sabe qué?, vamos a Gobernación y ahí que nos digan por qué no contestan, ¿verdad?” Entonces nos encontramos con que había una carta para él, creo que había sido fechada el 12 de diciembre, y nosotros fuimos en enero [...] Entonces creo que era como el 9 o 10 de enero cuando fuimos. En la carta decía que se le daba un mes para estar aquí, si no lo iban a echar y entonces quedaban dos días. Y, entonces, le dijimos: “bueno, ¿qué hacemos?, ¿qué puede uno arreglar?”, “pues nada, me dice, irse, porque ya no hay otra”. Entonces le dije a Mario: “tú no te puedes ir, ¿cómo vas a volver a entrar?, peor, entonces, si te echan, más problema para entrar otra vez, ¿no?”, entonces decidimos ir a ACNUR [...] creo que fue en 92 o 93, por ahí.

Sí, sí, entonces fuimos y hablamos con la gente de ACNUR. Entonces los del ACNUR nos dijeron: “pues tienen razón los de Gobernación —dicen— porque él va a ser deportado y no podemos hacer nada”. ¡Ah!, porque entonces nos dijeron: que “¿por qué no habíamos ido a ACNUR antes?”, que “¿por qué no nos habíamos presentado?” y no sé cuánto, y les dijimos: “pues porque no queríamos molestarlos, si no teníamos la necesidad”, pero nosotros sabíamos por qué no habíamos querido ir, ¿no?

Pero nosotros, en ese tiempo yo tenía relación con la Comisión de Derechos Humanos de Guatemala que tenían recién acá, que eran las Organizaciones Revolucionarias, que yo trabajaba ahí con ellos *ad honorem*, no me pagaban nada, pero yo iba a ayudarles y, entonces, estando ahí, pues, les contamos, pues, lo que estaba pasando y entonces nos dijeron: “¡ay!, pues, veamos qué hacemos, si podemos arreglar algo, vayan a ACNUR”, “no pues ya fuimos, de ahí venimos y nada”, ¿verdad? Bueno, pues no sé qué, entonces dijo una amiga: “espérense, ahorita hay aquí un amigo que es abogado y que les puede ayudar”, pues nos acercamos al abogado y resultó ser una maravillosa persona que le dijo a Mario René: “no te preocupes yo soy amigo ahorita de un alto funcionario de ahí de Gobernación y voy a ir para que no te saquen, en primer lugar, y después empezamos el papeleo para ver que ya te quedas arreglado”, y así lo hizo, afortunadamente a él no lo echaron. Fue algo así como un milagro, como diría mi mamá.

[...] como a los ocho meses o diez meses, quizás, metí yo mis papeles y como ACNUR ya había aceptado, pues, entonces ellos nos tomaron en cuenta, ¿verdad? Entonces ya íbamos ahí, ya solicité, ya todo a través del ACNUR, y ya me dieron FM3, pero cada año [...] La famosa renovación. Entonces yo no sé qué hacía para conseguir una carta en donde dijera que me ofrecían el trabajo, porque la verdad es que nunca trabajé en ninguna de esas cosas que me daban la carta, pero los amigos de acá, pues, todos me ayudaron bastante.

Los contratiempos para permanecer en México con la respectiva documentación migratoria y su convicción de seguir participando en la política y, sobre todo, en la transformación de su país de origen la llevaron a plantearse la necesidad de desexiliarse en cuanto se dieron los primeros pasos para el retorno de la democracia y la pacificación a Guatemala. En este sentido, hizo alguna tentativa que en general resultó infructuosa, pues la situación guatemalteca era compleja y conflictiva, incluso después de la firma de los Acuerdos de Paz, lo que explicó de esta manera:

Bueno, yo creo que la vida le va a uno presentando estímulos que uno no espera, ¿verdad? Porque la decisión mía de regreso y la ansia nuestra de regresar era precisamente ir a contribuir a la lucha, ¿no?, de ir a seguir luchando, a seguir trabajando por lo que nosotros siempre hemos pensado que debe suceder en una sociedad como la guatemalteca [...].

[...] las veces que regresamos a Guatemala ya después de que fuimos reconocidos aquí por el gobierno y que éramos refugiados, digamos, y todo esto para mí han sido épocas muy duras, muy difíciles en cuanto a los choques emocionales que he tenido, ¿no? Por ejemplo, creo que la primera vez que yo entré a la Universidad casi salgo corriendo, porque me entró un llanto y una cosa tan terrible de acordarme de todos los compañeros muertos, ¡bah!, todos aquellos que estuvimos ahí en un momento, de los jóvenes. Bueno, todo, pues, para mí han sido choques emocionales muy fuertes, muy dolorosos. Pasa uno por una calle y se acuerda de que ¡ah! fulano estuvo por aquí conmigo y ahora ya no está o que, bueno, fulano o zutano y de darse cuenta de que las generaciones completas desaparecieron, ¿no? Porque en Guatemala no es cosa de que sea una o dos personas, son generaciones completas de gente desaparecida, ¿no? Entonces como que duele no sólo el hecho de haber trabajado y haber salido derrotados en un proyecto que se pensó, sino que además no se acepta eso que no hay ofertas de esto es lo mejor que se pudiera hacer en ese caso, ¿no? El dolor psicológico, de eso que —tú hablabas del duelo, ¿no?—, de que no hemos tenido el tiempo de hacer esos duelos. Entonces en esos regresos como que lo va uno haciendo, lo va haciendo, entonces se va sintiendo cada vez como vacío, porque ya la Guatemala que nosotros queríamos o a la que nosotros quisiéramos regresar ya no existe, es otra sociedad, es otro mundo, los jóvenes quieren otras cosas, los amigos se siguen manteniendo, nosotros tenemos amigos maravillosos allá que no podemos nunca olvidarnos de ellos, pero cada quien está en su asunto y cada quien tiene sus cosas que resolver. Yo siento que la sociedad guatemalteca se ha vuelto muy egoísta, no por los amigos de los que estoy hablando,

sino en general. Entonces como que cada quien quiere ver su vida y no le quiere interesar nada y no se va a comprometer con nada. Entonces dice uno bueno, ¿sería yo capaz de empezar a hacer algo nuevo en este lugar?, porque además quedan las dudas, cuando uno regresa: “bueno, ¿por qué te fuiste?, bueno, sí, nosotros sabemos por qué te fuiste” y todo eso es un cerco que está, en el que uno se siente, ¿no?

En la Universidad se encargaron maravillosamente de formar el “cerco de hierro”, le llamo yo, con todas las leyes que se dieron después de nuestra salida [...] Entonces como que yo ya no me sentiría tampoco muy bien en ese lugar, sino que quisiera hacer otro tipo de trabajo con mujeres, con gente del campo, cosas así, ¿no? Pero también está eso de que, bueno, el miedo de que te maten, porque yo sé que todo está muy bonito, que el diálogo, que la paz, que no sé cuánto, pero cuántas gentes que han matado al regresar o cuántas gentes que les han hecho cosas y además poner en peligro a la familia, realmente.

Ante el panorama poco propicio para retornar a Guatemala, decidió quedarse en México e integrarse por completo a éste, por diversos motivos, lo que planteó en la forma siguiente:

la idea de que yo vivo feliz aquí con mis amigos, que tengo un espacio en donde vivir, que tengo gentes con quien relacionarme. También pesa bastante la idea, digamos, de la salud, de eso hablaba yo, de los logros de los mexicanos en ese sentido, pues en Guatemala los hospitales del Estado son terribles, con muchos problemas y muchas carencias y un médico particular es una cosa impagable en este momento, ¿no?, y más para uno que regresa y no tiene ni trabajo ni nada. Entonces, pues aquí tenemos más o menos, a través de este Instituto de Nutrición, la posibilidad de estar ahí y atendiéndonos ahí a pesar de que la medicina cada vez está más cara, ¿verdad? Pero de todas maneras, pues todo eso como que ha ido llegando a eso y también las presiones de los papeles, ¿verdad?

Una vez que resolvió quedarse definitivamente en México, también se planteó hacerlo por la vía de la naturalización que en términos de trámites burocráticos no resultaba tan complicado, pero en lo moral sí era complejo. Acerca de ello relató:

Y desde el año antepasado, como una de las cuestiones que firmaron entre los gobiernos era la posibilidad de que algunos se quedaran acá y han dado muchas facilidades, entonces eso también quiero remarcar que fue muy fácil para mí naturalizarme y que yo también cuando escribí la carta de solicitud decía eso, que pensábamos que todavía podíamos aportar algo, bueno, que tenemos el mínimo, que es una vivienda para vivir, y eso ya es mucho.

Claro, entonces, yo creo que todas esas cosas juntas, así es que se van mezclando unas con otras y yo decidí, el año pasado o antepasado, empezamos a pensar en eso y Mario René estuvo de acuerdo bastante en eso también, empezamos juntos los trámites. [...] No quiere decir que eso yo lo haya hecho sólo con muchas alegrías, sino también a través de una lucha interna muy grande, ¿no?, de pensar, bueno, qué siento, porque no estoy traicionando todo lo que he querido, todo lo que pienso, estoy traicionando a mi país, etcétera, etcétera y fue muy difícil y complicado, pero es lo mejor que he hecho, ¿verdad? Además después de eso que yo ya me naturalicé y todo parece que nos dijeron en la embajada de Guatemala que hay una posibilidad de doble nacionalidad y que si uno regresa y vive tres meses allá, pues ya puede ser guatemalteca otra vez, pero eso a mí no me atrae mucho, ¿eh?

Como colofón a la evocación de la experiencia vivida, expuso algunas reflexiones sobre temas transcendentales, no sólo para el caso de Guatemala, como la violencia, la migración forzada y la memoria:

Bueno, yo sí creo que a la humanidad le falta mucho por recordar todavía [...] jamás en ningún país debiera de suceder lo que nos sucedió a nosotros, o sea, por qué la humanidad no ha llegado a un

grado de tolerancia, de aceptar que somos distintos, que tenemos derecho a pensar de distintas maneras y que eso no significa que uno tenga que morir, porque está pensando distinto a otro, ¿no?, y que si el que no se murió de todas maneras el enemigo logró muchos de sus propósitos al sacarlo de la jugada, ¿no?, o sea, finalmente yo sí creo que la famosa carta de “o se mueren aquí o se van” era más bien “los vamos a matar”, y lo lograron políticamente, pues, porque de todas maneras quedamos muy al margen de todas las cosas, ¿no? Entonces pienso que eso no se debiera dar ya en estas alturas de la historia, que debiera ser prohibido a todos los países el derecho a expulsar a la gente por lo que está pensando [...].

CONSIDERACIONES FINALES

Como se ha observado, al recuperar, con base en la metodología de la historia oral, la memoria de Olga Jiménez Muñoz acerca de sus vivencias en su natal Guatemala, entre 1960 y 1996, cuando el país centroamericano estuvo inmerso en un conflicto armado, se encontraron elementos para continuar aproximándose, por un lado, a la violencia estatal, ejercida en general y en casos particulares, como el de esta mujer militante del PGT y académica de la USAC y, por otro, al exilio de esta perseguida política que, como otras personas en su situación, se vio precisada a abandonar su país y trasladarse a México para salvar su vida. Cuestiones hasta ahora todavía poco estudiadas en las obras de historia general publicadas en los últimos años.

Como suele ocurrir prácticamente en todos los casos de rescate de la memoria, a través de la entrevista realizada a Olga Jiménez se recogieron diversos aspectos de su vida personal, como los referentes a sus padres, sus estudios, su militancia, su trabajo académico, su matrimonio, etc. Pero además se abordaron algunos acontecimientos importantes de su país natal experimentados por la entrevistada y por el resto de la sociedad,

como los inicios de la lucha armada a principios de la década de los sesenta y la continuación de ésta en los setenta, la política interna en la USAC y la participación de los docentes en ella, el papel en el terreno político y de la lucha armada del PGT, la represión primero selectiva y luego más bien generalizada aplicada por fuerzas del orden y por paramilitares. También salieron a la luz asuntos relacionados con su vida personal y, al mismo tiempo, con el devenir guatemalteco, como lo fue su exilio y sus vicisitudes, experiencia compartida con otros activistas, militantes, simpatizantes e, incluso, miembros sin partido de la sociedad civil que fueron perseguidos y tuvieron que abandonar su país.

Como sucede con frecuencia al recuperar la memoria, la entrevistada expuso opiniones personales que, no obstante su subjetividad, pueden contribuir a entender y explicar aspectos del acontecer del país objeto de estudio que otras fuentes no ofrecen, como por ejemplo su valoración sobre el proceso nacional-revolucionario de la década 1944-1954 y del exilio de su padre; o bien, sus reflexiones acerca de la intolerancia, la violencia e, incluso, la memoria, entre otras. Paralelamente aportó datos concretos que ayudan a ratificar, matizar o rectificar la información obtenida en otras fuentes empleadas en trabajos académicos acerca de la historia del país, como la relación del PGT con el bloque socialista que, entre otras cosas, permitió a militantes de ese partido formarse en escuelas de cuadros políticos en La Habana y en instituciones académicas de la Unión Soviética, por ejemplo. Por otra parte, hubo hechos importantes que no fueron mencionados por Olga, como las jornadas cívicas de abril y mayo de 1962, entre otros muchos, lo que puede atribuirse a la selectividad de la propia memoria que, por diversos motivos y de forma deliberada o no, opta por recordar unos acontecimientos, pero no otros.

En fin, como lo indican especialistas en Historia oral, la entrevista a Olga Jiménez Muñoz recuperó la memoria de hechos

particulares y de posicionamientos personales con una carga más o menos alta de subjetividad, lo que es considerado una de las limitantes más importantes de esta metodología. Pero, por otra parte, rescató grandes acontecimientos de manera concreta y hasta objetiva, lo que es un mérito específico de la entrevistada.

Más allá de limitaciones y alcances que pueda tener esta entrevista, es posible afirmar que, hasta cierto punto, se cumplió el objetivo de este trabajo monográfico en la medida que se recorrió la memoria de una mujer, militante, activista y académica, en referencia a la violencia en Guatemala y al exilio en México, con lo que se espera contribuir, así sea mínimamente, al conocimiento de importantes aspectos de la historia de estos países latinoamericanos.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Aragón, Virgilio, *Conventos, aulas y trincheras. Universidad y movimiento estudiantil en Guatemala*, t. 2, Guatemala, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Escuela de Historia/Instituto de Investigaciones Históricas, Antropológicas y Arqueológicas-Universidad de San Carlos de Guatemala, 2002, 448 pp.
- Álvarez Aragón, Virgilio *et al.* [eds.], *Guatemala: historia reciente (1954-1996)*, ts. I y II, Guatemala, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 2012-2013, 413 pp. y 369 pp.
- Balcárcel Ordóñez, José Luis, “El exilio democrático guatemalteco en México”, en Carlos Véjar y Pérez Rubio [coord.], *El exilio latinoamericano en México*, México, Centro de Investigaciones en Ciencias y Humanidades-UNAM, 2008, pp. 89-115.
- Ball, Patrick *et al.*, *Violencia institucional en Guatemala, 1960-1996: una reflexión cuantitativa*, Washington, D. C., American Association for the Advancement of Science, 2005, 167 pp.

- Cáceres, Carlos, *Aproximación a Guatemala*, México, Universidad Autónoma de Sinaloa, 1980, 246 pp.
- Capuano, Ernesto, “El exilio guatemalteco en México”, en *Nuestra Historia, La Gaceta CEHIPO*, t. IV, núm. 42, México, noviembre de 2000, pp. 44-47.
- Crespo, Pilar y Andrés Asier, *El rector, el coronel y el último decano comunista. Crónica de la Universidad de San Carlos y la represión durante los años ochenta*, Guatemala, Plaza Pública/F&G Editores, 2013, 188 pp.
- Figueroa Ibarra, Carlos, “Genocidio y terrorismo de Estado en Guatemala (1954-1996)”, en Virgilio Álvarez Aragón *et al.* [eds.], *Guatemala: historia reciente (1954-1996)*, t. 1, Guatemala, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 2012, pp. 172-198.
- Joutard, Philippe, *Esas voces que nos llegan del pasado*, México, FCE, 1986, 338 pp.
- Kobrak, Paul, *En pie de lucha: organización y represión en la Universidad de San Carlos, Guatemala, 1944 a 1996*, Guatemala, Estudiantil Fénix, 1999, 179 pp.
- Luján Muñoz, Jorge [dir.], *Historia general de Guatemala*, t. VI, Guatemala, Asociación de Amigos del País/Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 1997, 768 pp.
- _____, *Breve historia contemporánea de Guatemala*, México, FCE, 1998, 523 pp.
- Meyer, Eugenia y Eva Salgado, *Un refugio en la memoria. La experiencia de los exilios latinoamericanos en México*, México, FFYL-UNAM/Océano, 2002, 361 pp.
- Rodríguez de Ita, Guadalupe, “Exiliados guatemaltecos en la ciudad de México y viceversa...”, en Carlos Martínez Assad [coord.], *La ciudad cosmopolita de los inmigrantes*, t. 2, México, Gobierno del Distrito Federal, 2010, pp. 210-235.
- _____, “Exiliados guatemaltecos en México: una experiencia recurrente”, en *Pacarina del Sur. Revista del Pensamiento Crítico Latinoamericano*, núm. 9, s.l., s.e., 2011, s.p.

- _____, “Exilio en México: legado familiar entre revolucionarios guatemaltecos, en los años de la Guerra Fría”, en Claudia González Gómez [coord.], *De los exilios en México en el siglo xx*, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2008, pp. 265-296.
- _____, “La patria... en y desde el exilio en México”, en Virgilio Álvarez Aragón et al. [eds.], *Guatemala: historia reciente (1954-1996)*, t. IV, Guatemala, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 2013, pp. 339-380.
- Sabino, Carlos, *Guatemala, la historia silenciada (1944-1989)*, t. II, Guatemala, FCE, 2008, 435 pp.
- Sáenz de Tejada, Ricardo, *Oliverio. Una biografía del secretario general de la AEU*, Guatemala, Facultad Latinoamericana de Ciencia Sociales, 2011, 314 pp.

Documentos publicados

- Comisión para el Esclarecimiento Histórico, *Guatemala: causas y orígenes del enfrentamiento armado interno*, Guatemala, F&G Editores, 2000, 272 pp.
- Comisión para el Esclarecimiento Histórico, *Guatemala: memoria del silencio*, Guatemala, Naciones Unidas, Oficina de Proyectos, American Association for the Advancement of Science, 1999, 12 tomos.
- Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, Proyecto Interdiocesano de Recuperación de la Memoria Histórica, *Guatemala: nunca más*, Guatemala, Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, 1998, 4 tomos.
- Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, *Guatemala: nunca más (versión resumida). Informe del Proyecto*

Interdiocesano Recuperación de la Memoria Histórica, s.l., Gráficas Lizarra, 1998, 441 pp.

Memorias inéditas

Entrevista a Olga (Jimena) Jiménez, realizada por Guadalupe Rodríguez de Ita, Ciudad de México, 13 y 16 de agosto de 1999, Archivo de la Palabra de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (APFFYL-UNAM), PEL/1/G-8.

Memorias publicadas

Alonzo Martínez, Rebeca [comp.], *Oliverio vive en la memoria de mujeres y hombres que ofrendaron su vida por el pueblo de Guatemala*, Guatemala, FUNDAJU, 2003, 49 pp.

Arriola, Aura Marina, *Ese obstinado sobrevivir: autoetnografía de una mujer guatemalteca*, Guatemala, El Pensativo, 2000, 187 pp.

Barillas, Byron Renato *et al.*, *3 décadas, 2 generaciones: el movimiento estudiantil universitario, una perspectiva desde sus protagonistas*, Guatemala, Serviprensa, 2000, 147 pp.

Bauer Paiz, Alfonso e Iván Carpio Alfaro, *Memorias de Alfonso Bauer Paiz. Historia no oficial de Guatemala*, Guatemala, Rusticatio, 1996, 452 pp.

Burgos, Elizabeth, *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, México, Siglo XXI, 1985, 287 pp.

Colom, Yolanda, *Mujeres en la alborada*, Guatemala, Artemis & Edinter, 1998, 317 pp.

Cortés, Plinio Eduardo, *El sueño quebrado. Memorias de un sobreviviente*, Guatemala, Óscar de León Palacios, 2004, 293 pp.

- Flores, Marco Antonio, *Fortuny: un comunista guatemalteco. Memorias*, Guatemala, Óscar de León Palacios/Palo de Hormigo/Universitaria, 1994, 344 pp.
- Hernández Alarcón, Rosalinda *et al.*, *Memorias rebeldes contra el olvido*, Guatemala, La Cuerda/Plataforma Agraria/Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala, 2008, 122 pp.
- Hernecker, Marta, *Pueblos en armas*, México, Universidad Autónoma de Guerrero, 1985, 288 pp.
- Macías, Julio César, *Mi camino, la guerrilla*, México, Planeta, 1998, 270 pp.
- Monsanto, Pablo, *Somos los jóvenes rebeldes, Guatemala insurgente*, Guatemala, F&G Editores, 2013, 476 pp.
- Nuila Ericastilla, Héctor, *En la paz como en la guerra. Memorias revolucionarias*, Guatemala, F&G Editores, 2015, 374 pp.
- Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, *Era tras la vida por lo que íbamos*, Guatemala, Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, 2004, 267 pp.
- Paiz Cárcamo, Mirna, *Rosa María. Una mujer en la guerrilla. Relatos de la insurgencia guatemalteca en los años sesenta*, México, CIALC-UNAM/Juan Pablos, 2015, 202 pp.
- Payeras, Mario, *El trueno en la ciudad*, México, Juan Pablos, 1987, 105 pp.
- _____, *Los días de la selva*, La Habana, Casa de las Américas, 1981, 115 pp.
- Porrás, Gustavo, *Las huellas de Guatemala*, Guatemala, F&G Editores, 2009, 462 pp.
- Ramírez, Chiqui, *La guerra de los 36 años. Vista con los ojos de mujer de izquierda*, Guatemala, Óscar de León Palacios, 2001, 312 pp.
- Santa Cruz Mendoza, Santiago, *Insurgentes. Guatemala, la paz arrancada*, México, Era/LOM, 2006, 357 pp.

Stoltz Chinchilla, Norma, *Nuestras utopías: mujeres guatemaltecas del siglo xx*, Guatemala, Tierra Viva/Agrupación de Mujeres, 1998, 517 pp.